

La Ilustración Artística

AÑO XIII

BARCELONA 2 DE JULIO DE 1894

Núm. 653

Obrando ya en nuestro poder todo el original del último tomo de NERÓN, repartiremos éste con uno de los próximos números

SUMARIO

Texto. - *Federico Madrazo*, por R. Balsa de la Vega. - *Los restos de Luis XVII*, por A. - *El torero. Su vida y milagros*, por F. Moreno Godino. - *La prueba de indicios*, por Antonio de Valbuena. - *Nuestros grabados.* - *Miscelánea.* - *¡Vencido!*, novela (continuación). - **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *La utilización del bastón.* - *Tranvía movido por el gas, sistema Luhrig.*

Grabados. - *El día de la ejecución de Hetty Sorrell*, copia de una acuarela de J. Enrique Henshall. - *El torero antiguo*, dibujo de D. Perea. - *La Santa Cena*, cuadro del conde Rodolfo de Rex. - *Extraviada*, cuadro de Ignacio Díaz Olano. - *Lord Rosebery*, conduciendo á su potro «Ladas», vencedor en el Dervy. - *María Francisco Sadi Carnot*, presidente de la República francesa, asesinado en Lyon. - *Milton en casa de Galileo*, cuadro de T. Lessi. - *Utilización del bastón.* - Figs. 1, 2 y 3. *Tranvía movido por el gas.* - *Vista de Marín y su ría*, dibujo de Passos.

FEDERICO MADRAZO

Ayer Plasencia, hace pocos días Germán Hernández, hoy Madrazo, uno tras otro han ido cayendo: cuál, en el mismo campo de la lucha; cuál, retirado maltrecho de la batalla; el último, vencedor, ahora últimamente casi vencido.

Sí; casi vencido por las nuevas ideas, por las generaciones mismas á las que adiestrara para la pelea, por sus años. General victorioso, Federico Madrazo había peleado con fortuna, merced á las condiciones de su carácter y á su indiscutible talento. Fué el que, empuñando la bandera del eclecticismo artístico en España, derrotó á los ejércitos contendientes, el romántico y el clásico. Coronado de laureles, su

figura se agrandó de tal modo, que nadie, absolutamente nadie en larguísima serie de años hubo de poner en tela de juicio su valer. Al cabo, al eclecticismo sucedió el realismo romántico, propio del senso artístico de España siempre, y el nombre de Federico Madrazo comienza á dejarse de oír; los aplausos fueron para los nuevos gladiadores. Fortuny y Rosales avanzan más todavía en el campo del arte y llegan casi á las lindes del naturalismo; con aquéllos van, por lo que atañe á la idea, Zamacois, Jiménez Aranda, Domingo, y ya Madrazo queda como gloria que fué, respetado de todos siempre, pero no como fuerza activa para la lucha. Ahora han venido cien y cien distintos elementos plásticos y cien distintos rumbos é ideales, así estéticos como científicos y filosóficos, y en un período caótico hemos entrado



EL DÍA DE LA EJECUCION DE HETTY SORRELL,
copia de una acuarela de J. Enrique Henshall

donde no son dos las tendencias, como en tiempos de románticos y clásicos, que luchan y se agitan, sino veinte, que no dejan hueco al eclecticismo para que otro Madrazo, otro talento sagaz, pueda, amalgamándolas, crear una escuela que haga de tercero en discordia.

Nada tan amargo como ver en vida, si no el eclipse, por lo menos cómo se desvanece la brillante aureola con que la gloria rodea las sienes del elegido, hasta dejarla tan sólo en pálido nimbo; pero nada tampoco tan fatalmente justo como esa ingratitud humana. Eterno el combate, sin que pueda cejarse un punto, son menester fuerzas nuevas, héroes nuevos; y en el encarnamiento con que el sentimiento de la vida en la sociedad, que es la del individuo, nos grita de modo imperioso ¡adelante!, no nos queda más remedio que ir adelante siempre, sin volver atrás la cabeza para mirar al sitio donde, muerto ó rezagado, queda el héroe de ayer.

*
* *

Nació D. Federico Madrazo y Kuntz en Roma el año de 1815, siendo su padre el pintor de cámara de Fernando VII D. José Madrazo, que fué al propio tiempo su maestro. Cuando apenas contaba veintiséis años, le nombraron académico de mérito de la de San Fernando, y un año más tarde pintó su primer gran cuadro, donde todos los personajes eran admirables retratos de los ministros, individuos de la familia real, etc.; representaba este lienzo, y así se titulaba, *La enfermedad del rey*. En compañía de su hermano D. Pedro, menor que D. Federico unos dos años, marchó á París, y allí estudió las obras de los principales artistas clásicos y románticos Ingres, Delaroche, barón Gros, Deschamps, con algunos de los que hubo de trabar cordial amistad, así como con Victor Hugo y Bellini. De todos ó de casi todos los nombrados y de varias celebridades más trazó retratos que le valieron alabanzas sin número. Vuelto á España, pinta su segundo cuadro *El Gran Capitán recorriendo el campo de Cerinola*.

De nuevo en 1837 emprende otro viaje á Francia é Italia para proseguir el estudio de los maestros en boga, y á su regreso funda el periódico semanal *El Artista*, en el que colaboraba como escritor y dibujante. En 1845 alcanza en París la primera medalla de oro con su cuadro *Godofredo de Bouillon*, y pocos años andados pinta otro no menos célebre, *Las Marias ante el sepulcro de Cristo*. A partir de esta fecha, Madrazo llegó á la más alta reputación como pintor de retratos; por su estudio desfilaron Isabel II, la duquesa de Alba, la condesa de Vilches, toda la aristocracia más encumbrada de España y gran parte de los hombres más ilustres en la política, en las ciencias en las artes y en las letras que hemos contado desde 1830 hasta el presente.

Como director del Museo Nacional, Federico Madrazo dispuso en ordenadas agrupaciones, tales y como actualmente existen, las obras de los grandes maestros que hoy se admiran en nuestra riquísima pinacoteca. Además, ayudado por su hermano D. Pedro, formó el catálogo de pintores españoles é italianos, que disputan todos los amantes del arte como obra monumental.

Fué también director de la escuela central de Pintura, Escultura y Grabado, profesor de Colorido hasta el año de 1875 ó 76, y director asimismo de la Academia de San Fernando. Era miembro del Instituto de Francia y de la Academia de San Lucas de Roma, y entre las condecoraciones que tenía contaba las de la gran Cruz de Carlos III y de Comendador de la Legión de Honor.

Además de los cuadros citados deja bastantes de mérito indudable.

*
* *

Como artista, Federico Madrazo trazó á la pintura patria el camino del eclecticismo. Cuando con más brío contendían los románticos y los clásicos, Ingres pintando, ora *Edipo y la Esfinge*, ora *La apoteosis de Homero*, para contestar á Delacroix en sus *Cruzados ante Jersalén y Marino Faliero*; cuando *Hernani* producía una revolución, como la produjera *Werther*, cuando aquí, repercutiendo la vigorosa lucha, nuestros artistas, con excepción de alguna personalidad un poco más templada, se lanzaban á los más lamentables extravíos estéticos en la plástica y en el concepto, ya Madrazo era ecléctico. Su cuadro citado más arriba, *Godofredo de Bouillon*, comenzó á ejercer un influjo saludable, y los ímpetus de las ortodoxias enemigas fueron cediendo hasta apagarse casi por entero al exhibirse *Las Marias ante el sepulcro de Cristo*.

A determinar esta evolución, contribuyeron tanto como los cuadros de Federico Madrazo sus retratos, en los cuales aparecía la línea con el valor que casi

todos los románticos le negaban, y el color con la importancia que los clásicos no le concedían. Y probó además, en la composición, que no había de buscarse en el hieratismo y rigidez de los últimos, ni en las licencias de imaginaciones desequilibradas, lo que únicamente en una educación estética sólida y el estudio de la naturaleza, es decir, en la observación de la realidad, puede encontrarse.

Madrazo, en aquellos días en que la bohemia era la característica de la parte artista, trataba cuidadosamente de no parecer uno de tantos, huyendo de aquella con tanto cuidado como de los extravíos del arte. Por el contrario, vivió siempre entre gasas, plumas y uniformes, cultivando la amistad de las altas clases, para lo cual su exquisita educación y claro ingenio le servían á maravilla. Sus gustos de aristócrata le hacían ver con horror cuanto fuese mal mirado por la sociedad que frecuentaba, y así no hubo de hacerse violencia alguna para ceñirse á determinadas conveniencias, que falsearon en gran parte sus aptitudes extraordinarias de pintor. Porque yo tengo por cierto cómo Madrazo redujo sus talentos de retratista y de pintor de Historia á los límites de lo circunspecto; circunspección que, como he dicho en otra parte (1), «si le hizo ser considerado entonces como un justo medio, hoy al inflexible análisis de la crítica, no ofrecen sus obras más condición saliente que la de un amigable componedor discretísimo.»

Faltóle á Madrazo ese inconsciente arranque del genio, que rompiendo con todos los convencionalismos que puedan ligarle, se impone al cabo. Ecléctico, no quiso lanzarse al campo de la lucha. Enarbolar una bandera nueva; ir, por ejemplo, derecho al realismo de nuestros grandes maestros del siglo de oro, como lo hiciera Goya — realismo que á las veces se confunde con el naturalismo, — le pareció exceso punible, y que tan fácilmente como á la inmortalidad lleva al olvido y á la miseria. Los ejemplos son lecciones terribles, y los que pudiera haber recibido de los Corot, Courbet, etc., en Francia; de los Turner y Constable en Inglaterra, como del propio Goya, debieron hacer pensar que muy bien se está San Pedro en Roma y el Papa en el Vaticano, y no andando de Aviñón á Roma y de Roma á Constanza en busca de aventuras. Por lo tanto, todo su empeño se redujo á la práctica solución de buscar un punto de concordia, un *modus vivendi* que «haciendo cesar, ó amenguando por lo menos, los desafueros de clásicos y románticos, al poco tiempo convirtiese hacia él, el autor de la fórmula, el respeto y la admiración que como tal merecía.»

Y sin embargo de todo esto, Federico Madrazo bajó al sepulcro, no olvidado aún en esta sociedad de suyo tan olvidadiza; el nombre del insigne pintor se escuchaba á las veces y siempre con respeto. Habíase adelantado en más de diez años á Alarcón en la novela y á Ventura de la Vega y Ayala en el teatro, en la obra de soldar dos períodos del arte, el de ayer y el de hoy. Al éxito de tal empresa debió sin duda alguna el haberse salvado del olvido que hoy mismo pesa sobre personalidades artísticas más geniales que él, y que si alguna ha muerto, otras en cambio viven en estrecha y dura obscuridad. Sin embargo, cuando hayan desaparecido por completo esas generaciones de artistas que recibieron sus enseñanzas, los Bonnat, Palmaroli, Rico, Pradilla, Vera y cien más, como desaparecieron Rosales, Montañés, Manzano, Valle, Rui Pérez, Plasencia, el nombre de Madrazo desaparecerá también, como han desaparecido de la nomenclatura de las obras inmortales, excepción hecha de algunos de sus retratos, todos sus cuadros: que la crítica no lleva á las páginas de la historia más que aquellos hechos y aquellas personalidades que dejan una huella luminosa ó escrito con caracteres de sangre su paso por la tierra.

Como hombre D. Federico Madrazo era uno de esos á quienes se les escucha siempre con placer. Especialmente cuando hablaba de arte ó del pasado, su conversación producía el encanto de la música y ejercía al propio tiempo el imperio que ejerce la palabra del sabio. Por mi parte afirmo que en la última visita que le hice, hará de esto dos años, vi desarrollarse ante mí, como en decoración continua, la historia del arte de este siglo en España, merced á la palabra fácil y erudita de aquel hombre ilustre. Uno á uno fué mostrándome los retratos al lápiz, admirablemente trazados por su mano, de los más eximios artistas, poetas y escritores que ilustraron el mundo de las letras y de las artes durante cincuenta años de este siglo. Y al verle ligeramente encorvado cómo sonreía melancólicamente al nombrar á aquellos sus amigos, diciéndome: «todos han muerto ya,» se me figuraba que su espaciosa frente se cubriría de tristeza, y que las claras pupilas de sus ojos se

humedecían al tiempo mismo que nombraba á Breton de los Herreros, Hartzenbusch, Espronceda..., y aun creí que al decir «muerto ya,» más que á mí se lo decía á sí mismo, como Jorge Manrique cuando se preguntaba:

«¿Qué se hizo el rey D. Juan?
Los infantes de Aragón,
¿Qué se hicieron?»

R. Balsa de la Vega

LOS RESTOS DE LUIS XVII

La exhumación de los pretendidos restos de Luis XVII, recientemente verificada en París por M. Jorge Laguerre, ha puesto de nuevo sobre el tapete la cuestión tan debatida de la muerte y enterramiento del infortunado delfín, acerca de la cual vamos á dar algunos detalles que creemos interesantes ó cuando menos curiosos.

En 10 de junio de 1795, ó sea dos días después de la muerte del hijo de Luis XVI, el cadáver de éste fué sepultado en el cementerio de Santa Margarita: en 1816, Luis XVIII quiso exhumar los despojos mortales de su sobrino para trasladarlos solemnemente á San Dionisio, y entonces surgió la duda sobre el sitio en donde habían sido depositados, porque un tal Voisin, antiguo cochero de una empresa funeraria, afirmó, quizás con miras interesadas, que gracias á él el regio niño había escapado á la humillación de la fosa común, puesto que lo había enterrado, no en el lugar en donde generalmente se creía, sino junto á una columna de piedra terminada por una cruz de hierro que en el centro del cementerio se alza todavía. Esta afirmación fué negada por la viuda de un tal Betrancourt, la cual dijo que su marido, adicto á la causa realista y que era en 1795 sepulturero de Santa Margarita, había retirado de la fosa común los restos de Luis XVII y los había depositado en un rincón del cementerio á la izquierda de la puerta de la iglesia. Ibase á proceder á la exhumación, cuando un jardinero del Luxemburgo, llamado Chevalier, manifestó que en 13 de junio de 1795 el ataúd del delfín había sido transportado secretamente al cementerio de Clamart, haciéndose desaparecer todos los indicios que pudieran hacer descubrir el sitio del enterramiento.

En vista de tan contradictorios datos, Luis XVIII desistió de sus propósitos.

En 1846 el cura de Santa Margarita quiso construir en el cementerio una especie de bodega; y al procederse á la excavación del terreno, los obreros descubrieron junto al pilar de la izquierda de la puerta lateral un ataúd de plomo en muy mal estado con un esqueleto. Como aquel sitio correspondía al señalado por la viuda Betrancourt, creyóse haber encontrado los restos del delfín; pero el examen médico del esqueleto, practicado por los doctores Milcent y Recamier, resultó poco favorable á esa hipótesis, pues de él se desprendía que aquellos restos eran de un joven de diez y seis años ó más y el delfín al morir sólo tenía diez años y dos meses, en vista de lo cual el esqueleto fué inhumado en el mismo cementerio en el sitio en donde últimamente lo ha encontrado M. Jorge Laguerre. Sometido el esqueleto á un nuevo examen que han practicado los doctores Backer y Bilhaut primero y después los doctores Manouvrier, Magitod y Laborde, las conclusiones sentadas por éstos confirman las de los doctores Milcent y Recamier.

Lo extraño de todo esto es que la caja en donde estaban encerrados esos restos llevaba como inscripción L... XVII, lo cual hace creer que se trata realmente del delfín; pero por otra parte, ya hemos dicho que la edad del esqueleto no corresponde á la que tenía cuando murió el hijo de Luis XVI.

¿Hubo, como pretenden algunos, una sustitución de personas? No es verosímil, porque el niño muerto en el Temple murió rodeado de cuatro notabilidades médicas, los doctores Pelletan, Dumangin, Lassus y Jeanroy, que es imposible que se dejaran engañar y que no es probable que quisieran hacerse cómplices de una mixtificación de esta índole.

De todos modos, la exhumación de los restos hallados por M. Laguerre ha removido una porción de cuestiones relacionadas con el fallecimiento de Luis XVII, cuestiones que siguen en pie como antes, pues el hallazgo no ha podido darles solución.

El esqueleto encontrado ha sido nuevamente encerrado en su caja, en la cual se han puesto varios documentos, certificados médicos, actas de exhumación é inhumación y una cajita dorada en forma de corazón que contiene un mechón de cabellos rubios que se halló junto con esos supuestos despojos mortales del delfín de Francia. — A.

(1) *Artistas y críticos españoles*, página 94.



EL TORERO EN LOS COMIENZOS DEL PRESENTE SIGLO, dibujo de D. Perca

EL TORERO

SU VIDA Y MILAGROS

El tipo del torero es tan *único*, tan pintoresco y me atreveré á decir tan milagroso, que bien merece pasar á la posteridad, dado el caso, casi imposible, de que se extinga el toreo. Si ocurre esta contingencia, los curiosos del porvenir agradecerán este trabajo, que resume los muchos incompletos que se refieren á una clase tan gráfica que pone en relieve el sello de la nacionalidad española. Porque el torero es genuinamente español, y los laceadores sur-americanos, los pegadores lusitanos y los landistas franceses son, permítaseme decirlo, toreros de contrabando. Algunos creen que si en los países que van á la cabeza de la civilización se criasen reses bravas y se hubiesen dedicado á la lidia, ésta alcanzaría mayor perfección que en España: podría ser; quizá las suertes serían más múltiples y con más seguridad ejecutadas, pero faltaría siempre la tonalidad, el ambiente, la majeza. Aunque se construyera una nueva Sevilla en las riberas del Nawa ó del Danubio, siempre en ella se echarían de menos los efluvios meridionales del Guadalquivir, los vallados de pitas, el olor de los naranjales y las enredaderas de claveles y de dondiegos de noche.

El toro bravo ha nacido en España; sólo españoles pueden lidiarle, y como dice Alejandro Dumas, sólo la imaginación española ha podido rodear la idea de la sangre y de la muerte de tan deslumbrantes colores y tan vistosas apariencias.

Así, pues, vamos á estudiar al torero en su carácter íntimo y fisiológico, á seguir las etapas de su intuición torera, á describirle en su vida pública y privada. Creo oportuno y útil este trabajo, pues como el diestro experimenta, como todas las clases sociales, el influjo de la civilización y de las costumbres, será curioso poder comparar al torero del pasado y del presente con el del porvenir.

Entre los lidiadores de reses bravas del pasado y los actuales median ya notables diferencias. Desde el tiempo á que se refieren las famosas quintillas de

Moratín hasta fines del siglo XVII, los ejercicios taurinos, casi siempre á caballo, fueron exclusivos de gente calificada y principal: luego medió un largo paréntesis, hasta que Juan Romero, á mitad del siglo anterior, haciendo descender la lidia de toros á las clases bajas. la regularizó con diestros de á pie y de á caballo, que la ejecutaban poco más ó menos como en la actualidad. En atención á los pocos é incompletos datos que quedan de aquel toreo naciente y aunque algunos puedan creerle la *edad de oro* del toreo, parece á mí que la lidia de aquellos tiempos debió dejar mucho que desear, comparándola con la de otros posteriores, no porque no se conocieran las condiciones de las reses, sino porque aún no se sabía el medio de adaptar la lidia á los instintos de éstas. Como aún no se había inventado la socorrida suerte del volapié, se *recibiría* entonces con frecuencia, pero ¡Dios sabe cómo! Probablemente entre revuelos de capote y con estocadas bajas, puesto que críticos taurinos de aquella época recomiendan como lucido y habilidoso el uso del *mete y saca*, usado en la actualidad sólo como recurso.

Francisco Montes, á fines de la primera mitad del siglo presente, perfeccionó la lidia de toros, sujetándola á reglas artísticas y estéticas, que á mi modo de ver van cayendo en desuso, dicho sea con perdón de los panegiristas del toreo de esta época.

Pero desde entonces á la presente ha cambiado poco ó nada el tipo fisiológico del torero. Parece ¡cosa rara! que al dejarse crecer la coleta, adquiere cualidades excepcionales, propias de clases más inteligentes. En primer lugar, lo mismo antes que ahora, han sido raros los diestros criminales, y si algún delito han perpetrado, ha sido motivado por causas pasionales y nunca por impulsos rastreros ó por perversión moral. Diríase que la profesión enaltece su ánimo, y que por lo mismo que exponen frecuentemente su vida respetan la de los demás y hay que tener en cuenta que la situación de los toreros primitivos no era muy holgada, y que aun ahora en que el toreo ha tomado gran incremento, excepto los estoqueadores de crédito, los demás individuos de cuadrilla sólo tienen lo necesario para vivir con cierto desahogo. El torero suele ser buen hijo, buen padre de familia y buen marido, por más que alguna vez se entregue á devaneos, como los demás mortales. Es cortés, atento, fino por naturaleza, respetuoso sin humildad, y tan cuidadoso de su persona, que rara vez se encuentra un torero, en la vida pública, desaliñado y fargallón. Pero su primera cualidad es la del tacto social. En España, en donde dominan la intemperancia de lenguaje y la tristeza del bien ajeno, sólo el diestro es comedido y discreto: nunca habla mal en público de sus compañeros de profesión, ni permite que en su presencia se les critique, diferenciándose en esto de las demás clases sociales, y muy especialmente de las de políticos, literatos, pintores, músicos y danzantes, que aprovechan toda ocasión de cortar un sayo á un compañero. Porque los toreros, no obstante los piques y rivalidades profesionales, comprenden el terreno resbaladizo en que

trabajan, y saben que el descuido intencionado de un compañero ó un capote echado de *mala fe* puede costarles el pellejo. El diestro parece refractario á la envidia y que no teme la competencia, y de aquí proviene su gran facilidad en dar la alternativa á sus compañeros, poniendo reparos muy rara vez, casi siempre motivados. *Curro Cúchares* decía á este propósito: «Los toros son como los maridos, el que quiere tomar la alternativa es como la joven que pretende casarse: todo depende del pesqui y del trasteo.»

Pero lo más raro en el torero es su suerte fenomenal y su resistencia incomprendible. En España pululan las plazas de toros hechas, sin contar las que se improvisan; si se exceptúan las de las grandes poblaciones, las demás tienen malas condiciones para la lidia. Las hay empedradas á trozos, con baches y declives; en ellas actúan diestros que no lo son enteramente, y sin embargo, las cogidas son relativamente pocas; y cuando las hay, pocas veces son mortales. El toro debe ser *un animal muy noble*, como se dice en una zarzuela, que sólo coge *por cumplir*, mas no con fatal intención; ó es que Dios, como algunos aseguran, se ocupa con predilección de la gente de coleta. Hay toreros recogidos, volteados, vueltos á recoger, desnudados por el toro: al verlos, todo el mundo exclama: «¡Le ha hecho astillas!» Los facultativos dan partes terroríficos de un sinnúmero de lesiones, y á los quince días el diestro se pasea muy tranquilamente por la calle de Sevilla, comiéndose con los ojos á las barbianas que por allí transitan.

¿Es esto comprensible? ¿Lo es el que los picadores lleguen á viejos después de sufrir tantas caídas de latiguillo, tantos golpes y conmociones cerebrales? Sí, los toreros parecen hechos de una materia orgánica distinta de la de los otros mortales. Al diestro, una vez ya entre las astas del toro, de nada le vale su mayor ó menor destreza, y sin embargo, resiste á lo que no resistiría nadie, aun cuando fuera capitán general, senador ó diputado.

Por eso, al principio de este trabajo he calificado de *milagroso* al torero, no porque él por sí haga milagros, sino por los que la Providencia hace en favor suyo.

EL TORERO ANTIGUO Y EL MODERNO

La idiosincrasia peculiar del torero no ha sufrido notable mudanza; pero sí sus aficiones, costumbres y género de vida. Esto es natural: apenas existen ya aquellos honrados comerciantes de la calle de Postas, que sólo salían de su casa los domingos, y que únicamente por Nochebuena ó Carnaval permitíanse el lujo de llevar á sus familias al teatro. El influjo de la civilización ha labrado en todas las clases, y la del torero no ha podido eludirle. Los primitivos diestros, residentes los más en Andalucía, excepto en las temporadas en que toreaban en Madrid, hacían una vida casi campestre, y algunos de ellos apenas si entraban en las poblaciones grandes. Dormían en pueblos ó cortijos, celebraban sus *juergas* en ventorros ó al aire libre, andaban siempre entre ganados y departían con vaqueros y mayoresales. Este roce

D. Perca

continuo con las cosas que constituían su oficio y la observación constante de la res brava debió proporcionarles gran conocimiento de ésta. El torero, que entonces sólo sacaba de su profesión lo necesario para vivir y no para derrochar, como algunos ahora, no distraído por otras pasiones, se absorbía, digámoslo así, en las faenas que tenía que practicar y las ensayaba continuamente. Tanto es así, que los rezagados de aquella época, en la que todavía no existía el torero de ciudad, Montes, la Santera, Curro Cúchares y aun Labi, demostraban tener grandes conocimientos de los instintos de las reses bravas y todos ellos eran notables capoteadores de campo. Pasaban, pues, en éste la mayor parte de su tiempo, aunque algunos tenían tablajerías en poblaciones grandes, y este género de vida influía especialmente en los toreros á caballo, y explica la decadencia en que hoy está la suerte de picar toros. Entonces sólo se dedicaban á este ejercicio hombres recios y forzudos, que provenían de la clase de vaqueros, aunque no fuese necesario aquel requisito, como lo prueban el tío Lorenzo y Antonio Sánchez (*Poquito Pan*), que aunque poco corpulentos, han sido notables picadores. Entonces los detenedores de reses bravas tenían más vocación de oficio, le ejercitaban casi desde niños, como se cuenta de Manuel Ledesma (*el Coriano*), que á los nueve años de edad se escapó de su casa, dedicándose á vaquerillo y luego á picador.

El torero de antaño vestía siempre de corto, usando el clásico sombrero calañés que ahora sólo lleva el conocido Angel López *Regatero*; y nunca promiscuaba entre la taberna y el café, entre el *chiscón* y *restaurant*, á pesar de que cuando se desarrolló en Madrid la afición taurina, en tiempo de Carlos IV, los estoqueadores notables, como Pedro Romero, Costillares, Pepe Hillo y otros, estuvieron en gran predicamento, siendo protegidos por damas de la más encopetada nobleza.

Aquí me permito un paréntesis dedicado á los noveles aficionados, que suponen que sólo en los tiempos de *Lagartijo* y *Frasuelo* ha llegado á su apogeo la afición taurina. No, en estos tiempos sólo ha habido más población, más dinero y más facilidades de locomoción para trasladarse los diestros de unas plazas á otras; pero en las épocas á que yo me refiero, que abarcan el espacio de la primera mitad del siglo actual, las corridas de toros eran la diversión casi absorbente de las poblaciones de Madrid y Sevilla. Y tenía que ser así, porque entonces escaseaba otro género de espectáculos: en Madrid sólo actuaban, y no siempre, dos teatros, el del Príncipe y el de la Cruz, y el público no se distraía como ahora con operetas, zarzuelas, circos ecuestres, pelotaris, *bellas chiquitas* y otras zarandajas. Entonces se verificaban en Madrid *corridos*, no medias corridas de toros, como ahora; es decir, toros por mañana y tarde, y hasta hace quince ó veinte años, la de por la tarde se anunciaba en los carteles como media corrida. En éstos hay también otra innovación. Entonces los diestros castellanos y andaluces competían, y por consecuencia se consignaba en los carteles la procedencia de cada uno de ellos. La *corrida* se lidiaba los lunes, en la antigua plaza situada á un tiro de bala de la Puerta de Alcalá: por eso los zapateros no trabajaban en dicho día. La plaza antigua estaba aislada de los corrales; á uno y otro lado de la puerta por donde se sacaban los toros muertos en la plaza, había un poyo de mampostería, á lo que se llamaba, sin que yo sepa por qué, el *tendido de los sastres*, y allí los espectadores externos veían *gratis* las reses arrastradas. *Gratis* también se entraba en los pasillos de la plaza vieja, la empresa subarrendaba los tendidos, no había billetes de éstos, y se pagaba al entrar. Dos ó tres días antes de la corrida, en aquellas épocas, en Madrid sólo se hablaba de toros (porque había poco de que hablar) y los lunes eran un verdadero jaleo.

Desde las nueve de la mañana la población bullanguera de la corte se diseminaba por las afueras de la puerta de Alcalá, y aun era rezagada, porque ya antes los aficionados, entre los cuales se contaba el príncipe de Asturias D. Fernando, habían asistido al apartado de los toros en los chiqueros. Terminada la media corrida de la mañana, que empezaba á las diez, la mayor parte de los espectadores almorzaban ó comían en ventorros, tabernas, ó al aire libre, haciendo tiempo para la media corrida de la tarde. Entonces había algunos coches (de colleras) públicos y muchas calesas ó calesines que servían de locomoción á los aficionados *pudientes*. Las dos medias corridas verificadas el lunes servían de tema de conversación el resto de la semana.

Entonces las corridas de toros eran la fiesta culminante, ahora sólo constituyen una diversión más. Pero volvamos al torero.

Con la presentación del famoso Francisco Montes, autor de una tauromaquia, en la plaza de toros de Madrid, inicióse en el diestro una evolución de costumbres, y surge el *torero de ciudad*. Era Curro Montes, hombre serio, de buenos modales é inclinado á distinciones sociales. Su suprema habilidad en la lidia granjeóle suma popularidad, no sólo entre las clases bajas, sino que también entre las elevadas y aristocráticas, aún más aficionadas que ahora á la torería. El célebre espada viste algunas veces de levita y *chistera*, alterna con grandes señores, que se le disputan para obsequiarle con fiestas y banquetes, é influye grandemente en sus compañeros de profesión. Aunque José Redondo y Gayetano Sanz, discípulos suyos predilectos, no llegan á este extremo de señorío, imitando á su maestro, se alejan de la taberna y del ventorrillo y frecuentan fondas y cafés. José Redondo, presumido y mujeriego, tiene, según se decía, amorfos de alta cofa. Gayetano, el simpático diestro de Madrid, alterna y juega al billar en el de *Los dos amigos* con caballeros distinguidos, entre los que se cuenta el marqués del Sobroso, posteriormente duque de Híjar. Estos ejemplos y la mayor cultura de costumbres coinciden con mayores ganancias de los diestros, que se establecen en grandes poblaciones y construyen moradas casi suntuosas. Así, pues, desde mediados del siglo actual el torero vive poco más ó menos como ahora, se hace menos campestre y se halla en todos los sitios de diversión ó de derroche.

El traje del torero ha tenido notables transformaciones. En el de lidia la montera ha sustituido al sombrero de tres picos, y la chaquetilla cargada de adornos de oro ó plata, á la antigua chupa con golpes, cuando más, de seda: el de calle ha pasado también por varias fases. El torero primitivo vestía, como ya he dicho, de campo, usando burda ropa blanca, y sin alhajas ni perifollos. Desde mediados del siglo el lujo empezó á invadir la torería; el *Chiclano*, el *Tato* y Manuel Domínguez, además del indispensable y característico sombrero calañés, vestían chaquetilla y faja de vistosos colores, camisa de batista con chorrera y bordados, é iban cargados de oro y pedrería. El traje denunciaba la profesión.

Ahora los toreros usan sombreros hongos ó cordobeses. Sólo unos cuantos andaluces conservan la chaqueta, los demás la han sustituido con la cazadora, ninguno lleva faja, y en resolución, oculta la coleta debajo del sombrero, cualquiera puede tomar á un diestro por un artesano acomodado ó por un honrado comerciante de la calle de Postas. Sólo Salvador Sánchez *Frasuelo*, especialmente después de su retirada del toreo, conserva la tradición lujosa y va cargado de diamantes.

Luis Mazzantini ha iniciado el tipo del torero *gentleman*.

FLORENCIO MORENO GODINO.

(Continuará)

LA PRUEBA DE INDICIOS

«Para unos el general hacía un negocio redondo casándose con Magdalena. Para otros hacía un disparate.

»Yo fui siempre de los de la primera opinión, lo confieso; y recuerdo haber sostenido con otros oficiales muchas disputas sobre el asunto.

»Debo advertir, añadía el coronel Burguillos, que era el que hablaba así en una mesa del Suizo la otra noche; debo advertir que Magdalena era conocida de toda la oficialidad; porque ¿quién de nosotros no había pasado varias veces por Miranda durante la guerra? Y el que hubiera pasado por Miranda tenía que haber parado en la fonda de Aizmendi, de cuyos dueños era Magdalena hija única.

»Conociendo, pues, á la novia y siéndonos á todos tan querido el general Salinas, aquel hombre enérgico de sano corazón y de recto sentido que, contra lo que suele suceder, á pesar de haberse elevado desde la más humilde clase social, era tan considerado con sus inferiores; conociendo á la novia y queriendo tanto al general, bien se explica que cuando, concluida la guerra, supimos que trataba de casarse, habláramos todos los días del mismo asunto y discutiéramos con interés, con verdadero calor, sobre la conveniencia ó no conveniencia de su casamiento.»

—Hácese bien en casarse, decía yo una tarde, aquí arriba en la Peña, conteniendo con mi compañero el capitán Mora, enemigo implacable del matrimonio: yo creo que está cuerdo el general en casarse. ¿Qué iba á hacer así solo toda la vida?

—No está solo, me replicaba Mora; tiene á su hermano.

—Sí, es verdad, y además, no poniéndose en condiciones de que pueda el cielo darle hijos, le dará

sobrinos el demonio... ó su cuñada, que viene á ser lo mismo... Porque ¡cuidado que es fea, la pobre!

—En cambio Magdalena es demasiado guapa.

—En la hermosura, como en el bien, no puede haber demasia.

—Y demasiado joven...

—Tampoco en eso estamos de acuerdo. Debe de tener lo menos veinticinco años... Y luego el general está todavía en buena edad... Hay que contar también con lo formal que es ella...

—Antes de casarse todas parecen muy formales, aunque no lo sean.

—No, no; también las hay que ni lo son ni lo parecen; pero ésta lo parece y lo es. Y además está acostumbrada á una vida modesta...

—Tanto peor: por lo mismo que está criada con modestia, luego pedirá gollerías á su marido.

—O no se las pedirá, porque es una muchacha buena y poco dada á vanidades; pero en último caso, que se las pida... ¿Quién mejor que el general para satisfacer antojos caros? Tiene buen sueldo, y como si el sueldo no fuera bastante, tiene los dos mil duros de la cruz laureada..., una friolera...

—Bueno: tú dirás lo que gustes; pero yo sigo creyendo que hace muy mal en casarse, concluyó Mora, levantándose para ir á sentarse en otra mesa á jugar al tresillo, y hace muy mal especialmente en casarse con esa muchacha.

—Pues yo sigo creyendo que hace muy bien, le contesté apretándole la mano, y allá veremos quién acierta...

—Y ¿quién ha acertado?, preguntamos al coronel todos los contertulios á un tiempo.

—Casi no se sabe...

—¡Hombre!..

—¿Cómo puede ser eso?..

—¡Malo, malo!

—Eso es que acertó Mora...

—Sea usted franco...

—Yo lo soy siempre, dijo Burguillos, fijándose en las últimas palabras de aquel chaparrón de interrupciones; y en prueba de ello, comenzaré diciendo á ustedes que el matrimonio ha sido muy desgraciado...

—¡Ah!

—¿Entonces?..

—¿Qué más hay que saber?

—¡Acertó Mora!..

—Poco á poco, señores, continuó el coronel: no hay que adelantar el discurso. He dicho y repito que el matrimonio ha sido desgraciado; pero es posible... es más que posible, es probable... y aun es más que probable, es casi seguro que Magdalena no tuvo la culpa... Ni el general tampoco ¿eh?, ni el general tampoco. Ha sido una de esas desgracias de la vida de que nadie está libre. Castigos acaso de faltas anteriores, pruebas quizás á que Dios somete la virtud de las almas... Sólo Dios comprende sus propios juicios, justísimos é inescrutables...

—Se va usted poniendo serio.

—¡Ah! Es que es una historia muy seria y muy triste. Ya verán ustedes.

Ante esta promesa del coronel, unos pedimos cerveza, otros coñac, y todos no removimos en las sillas respectivas, colocándonos lo más á gusto posible para escucharle.

El coronel Burguillos continuó hablando de este modo:

—Efectivamente, Magdalena Aizmendi, ó la *señorita de la fonda*, como la llamaban en Miranda, era una mujer encantadora, una rubia delicada, de fisonomía dulce, de cuerpo esbelto, fina y elegante en su traza, en el vestir, en el andar y en todas sus maneras, con esa elegancia natural emparentada con la sencillez, que tan rara es y tan inverosímil en las mujeres de su clase.

No podía decirse que fuera muy hermosa, pero era intensamente simpática.

Estaba siempre amable con todos como una fondista; pero formal y digna siempre como una señora.

Los que la veíamos todos los días ocupada, si no en los oficios más bajos, por lo menos en quehaceres bastante humildes, como asentar en el libro las entradas y salidas de huéspedes, cobrarles las cuentas, planchar las camisas y aun ayudar á las criadas á servir á la mesa cuando había mucha gente, encontrábamos todo esto muy natural, y la costumbre de verlo hacía que no nos extrañara. Pero el que la hubiera visto por primera vez á la entrada de la fonda cualquier mañana cuando volvía de misa, con la mantilla puesta de una manera escultural, el rosario arregucido á la muñeca y el devocionario en la mano, hubiérala tomado por una condesa llegada de Madrid en el expreso del día antes.

El general había estado algunas veces en Miranda de paso; pero ya cerca de la conclusión de la guerra

fué destinado á mandar una división de observaciones á la orilla del Ebro, cuando se dijo que los carlistas trataban de hacer una expedición á Castilla, y entonces permaneció en Miranda y vivió en la fonda más de tres meses.

Desde los primeros días comenzó á gustarle Magdalena; y es claro, la muchacha, que tenía talento, lo conoció pronto y redobló su atractivo, se fué hacien-

la vuelta anunció ya á los amigos su proyectado casamiento.

Entonces era cuando teníamos ahí arriba las dis-

brado á Salinas poco después de darle el segundo entorchado...

- Bueno: ¿y después?, dijo interrumpiendo al coronel Burguillos uno de los oyentes.

- Empezarían en seguida á notarse las diferencias de educación, añadió otro.

- La modesta y suave Magdalenita sacaría las uñas, continuó diciendo el de más allá.



La Santa Cena, cuadro del conde Rodolfo de Rex (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

do querer cada vez más, de modo que el general salió de allí perdidamente enamorado y resuelto á casarse.

Creíamos que se le iría pasando la impresión y no persistiría en su idea; mas no sucedió así: poco después de terminada la guerra se fué á Miranda, trató seriamente el asunto con los padres de la chica, y á

cusiones de que hablé antes, alabando unos la idea del general, y considerándola otros como una chifladura.

En fin, el hecho es que á los dos meses el general se casaba con su Magdalenita, instalándose lujosamente el nuevo matrimonio en la Capitanía general de Granada, para la que el gobierno había nom-

- Y acabarían por tirarse los platos en el almuerzo.

- O á lo menos por no almorzar juntos...

- No: no pasó nada de eso, replicó solemnemente el coronel, sino todo lo contrario.

El general y la generala... porque ya hay que llamarla así, el general y la generala comenzaron siendo



Extraviada, cuadro de Ignacio Díaz Olano (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

muy felices, disfrutando realmente una felicidad inverosímil en la tierra.

Los primeros cinco años de su matrimonio fueron un verdadero idilio.

El general y su mujer parecían haber sido criados por Dios expresamente el uno para el otro.

El estaba encantado de la cariñosa sencillez de su mujer y de la poca importancia que concedía á las rituales frivolidades del mundo; y ella se encontraba

El coronel Burguillos se detuvo un momento y del reducido auditorio salieron estas palabras:

— ¿Qué sucedió?

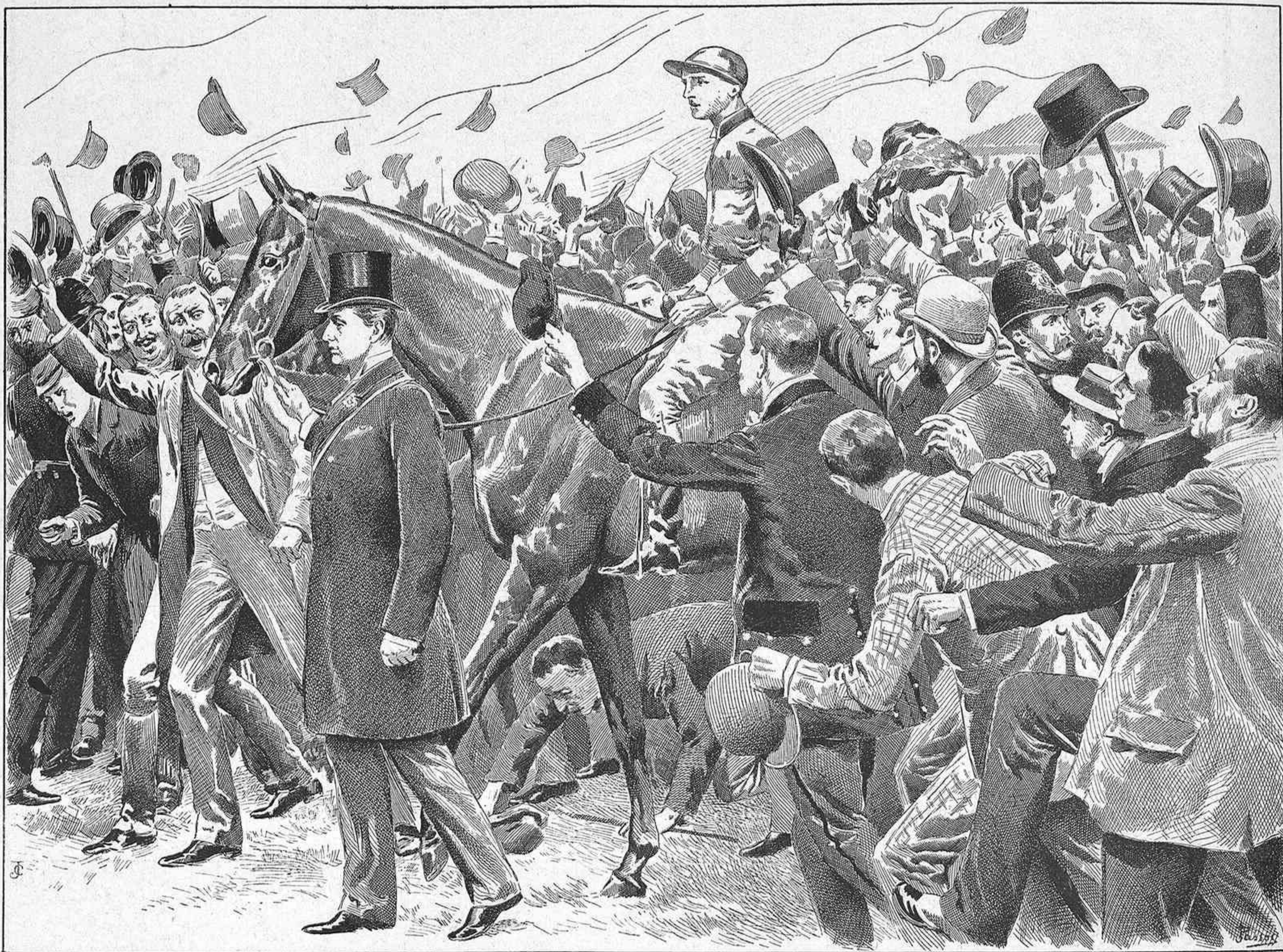
— Una cosa que yo no sé cómo calificar... Una niñería..., una catástrofe...

Una tarde, á eso de las cinco estaba Magdalena sentada en el sofá de su cuarto de labor haciendo encaje. Su hija, Magdalena, que tenía poco más de cuatro años y era una criatura preciosa, jugaba con

levantarse del sofá. Al cabo de un rato rompió á llorar amargamente.

A otro día por la mañana trató de ver á su marido, pero él no quiso recibirla.

Por la tarde, después de haber pedido por telégrafo licencia al gobierno para entregar el mando al segundo cabo, salió el general para la corte con su hija, á la que unos días después metió en las Ursulinas, y relevado del mando á su instancia, concediéndole el



Lord Rosebery, presidente del Consejo de Ministros de Inglaterra, conduciendo después de la carrera á su potro «Ladas» vencedor en el Derby

satisfecha y hasta orgullosa de la sincera estimación, del respetuoso y verdadero amor que la profesaba su marido.

Este puede decirse que era ya otro hombre. Sin haber perdido nada de la entereza y rectitud en el cumplimiento de sus deberes militares, en el trato social se había hecho más corriente, más agradable, más comunicativo.

En ella, los rasgos señoriles que ya de soltera se dibujaban, sin que fuera cosa fácil adivinar de dónde pudieran venir, destacábanse ahora más claramente, con más vigor, y al mismo tiempo con más tranquilidad, como en quien tiene de ellos pleno dominio, notándose entre su persona y su posición una armonía maravillosa...

— Me parece que idealiza usted demasiado la pintura, dijo uno.

— No lo crean ustedes, repuso el coronel; en estos momentos estoy precisamente ejerciendo de fotógrafo: ya saben ustedes que he sido aficionado.

— ¡Adelante, adelante!, dijimos casi todos á un tiempo.

— Repito á ustedes, continuó Burguillos, que eran un matrimonio modelo, como apenas se habrá visto otro; pues el general no veía más que por los ojos de su mujer, y ella no encontraba nada mejor pensado ni más puesto en razón que lo que decía su marido.

Habían tenido en el segundo año de su matrimonio una niña, después tuvieron un niño que se les murió, lo cual puede asegurarse que constituyó la primera pena y aun la única que habían sufrido después de casados. Y cuando iban consolándose con la esperanza de que Dios les concedería otro...

los bolinches del aparato haciéndoles chocar unos contra otros. El general, que había vuelto de la calle poco antes, se había sentado al lado de su mujer y la contaba la manera como acababa de terminar un poco de motín iniciado por la mañana contra el ayuntamiento por causa de los consumos... Magdalena separó de los bolinches la mano de la niña para que no la enredara los hilos, y la niña fué á colocarse entre las rodillas de su padre. El cual por no interrumpir su relación, en lugar de darla un beso, como otras veces, encorvó suavemente la mano izquierda y se la pasó por debajo de la barba.

— ¡Ay! ¿Me haces así?, dijo la niña sonriéndose con dulzura. Así la hace también á mamá el ayudante Leiva...

— Por el efecto que les ha producido á ustedes la simple referencia de la revelación de la niña, pueden ustedes calcular el efecto que la revelación original produciría á los interesados.

Una bomba que hubiera caído en la habitación no les hubiera aterrado tanto seguramente, ni les hubiera de igual modo cuajado la sangre.

La generala en el primer momento hubiera querido que se hundiera la casa y la sepultura entre los escombros. En el segundo momento temió que su marido la estrangulara allí mismo. En el tercer momento deseó que la pidiera explicaciones...

Pero el general no hizo ninguna de estas dos cosas.

Se limitó á coger á la niña por la mano y salirse de la habitación y de la casa, dirigiéndose al hotel más próximo.

Magdalena quedó como petrificada sin acertar á

cuartel para Madrid, continuó viviendo en una fonda.

Magdalena se vino también á Madrid...

— Acompañada del ayudante Leiva, por supuesto, insinuó maliciosamente uno de los circustantes.

— Nunca tuvo nada que ver con él, replicó enérgicamente Burguillos: él mismo me lo aseguró; y aunque su declaración pudiera parecer dictada por la hidalguía propia del caballero, sé que es verdad, porque ella también lo declaró así en esos momentos de la vida en que nadie miente.

— Decía á ustedes que ella se vino también á Madrid é insistió en ver al general; pero en vano, porque él nunca quiso recibirla. Le escribió varias cartas, inútilmente también, porque las echaba en la lumbre sin leerlas.

Todavía intentó por otro medio hacerse oír de su marido. Acudió al padre Benítez; pero tampoco el sabio jesuita pudo hacerse oír del general, y eso que tenía con él gran confianza, por haber sido compañeros de escuela.

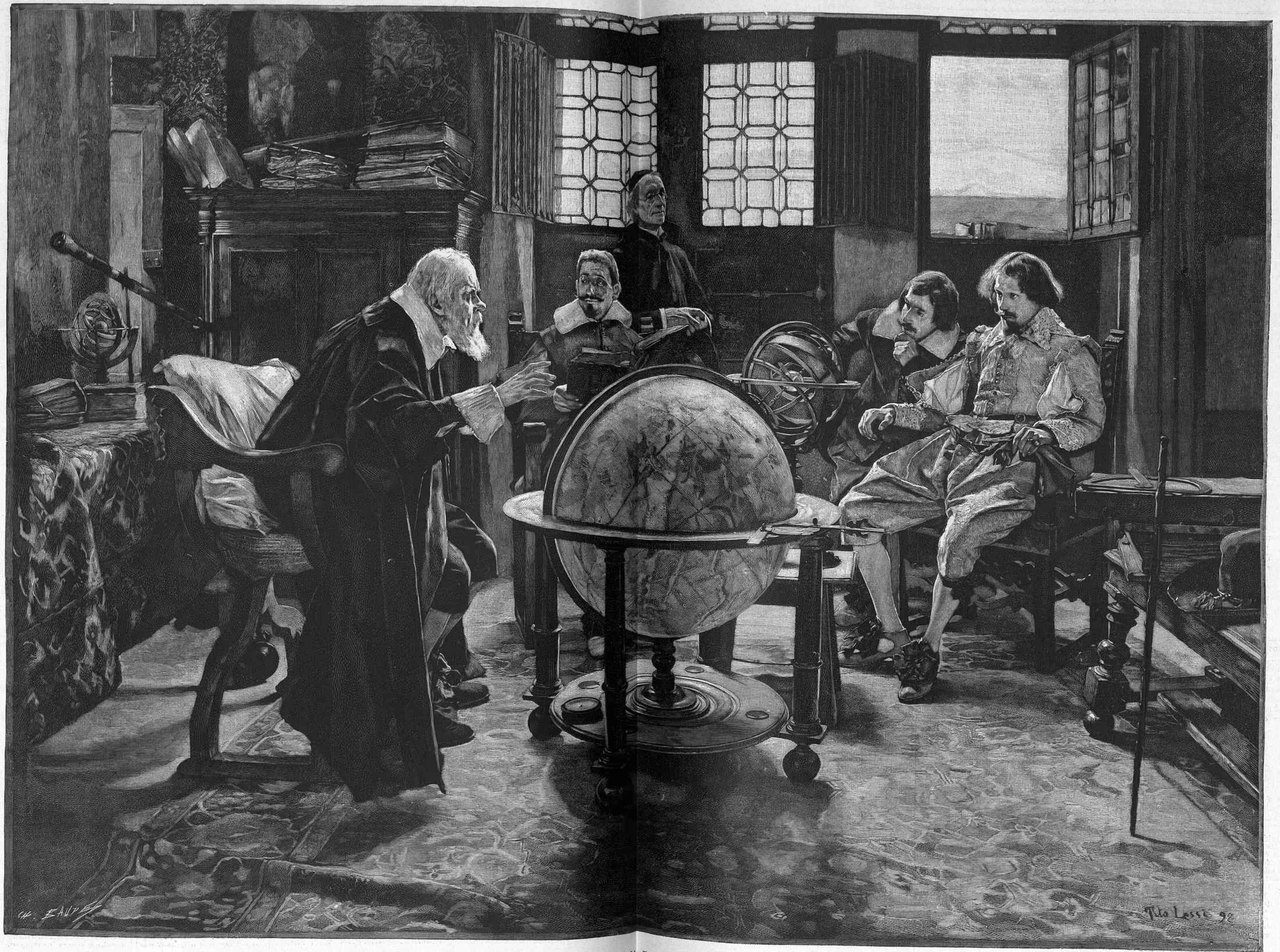
— ¡No hablemos de eso, por Dios, no hablemos de eso!, contestaba al padre Benítez cuando le proponía que volviera á vivir con su mujer. Después de lo sucedido, añadía, no lograríamos con eso sino hacer creer al mundo que ni ella ni yo teníamos vergüenza...

— No había remedio.

Magdalena determinó quedarse en Madrid para poder ver á su hija con alguna frecuencia y por no renunciar del todo á la esperanza de hacerse oír de su marido y volver á su gracia. Sus padres, después de traspasar la fonda, se vinieron á la corte, y Magdalena vivió en compañía de ellos.



MARÍA FRANCISCO SADI CARNOT, Presidente de la República francesa,
asesinado en Lyon el 24 de Junio de 1894



MILTON EN CASA DE GALILEO, EN ARCETRI, CERCA DE FLORENCIA, EN 1640, CUADRO DE T. LESSI (SALÓN DE LOS CAMPOS ELÍSEOS DE PARÍS. 1894)

Pero vivió muy poco. La tristeza la fué consumiendo. No comía apenas, y el refrán lo dice: «El que no como tiene pena de la vida.» Se fué la anemia apoderando de ella, y tras de la anemia vino la tisis, que la llevó al sepulcro á los cuatro años.

Dos días después recibía el general una carta que empezaba así:

«Mi querido Ignacio: Próxima á comparecer ante el tribunal de Dios, por el cual habré pasado ya cuando leas ésta, porque encargo que no te la den hasta después que me hayan enterrado...

— ¿Y en esa carta afirmaba ella su fidelidad?, interrumpió uno de los oyentes.

— Sí, contestó Burguillos; y la afirmaba de una manera que no dejaba lugar á duda.

— ¿Es decir, que la niña inventó aquello del ayudante?

— No; y en esto desgraciadamente discurría bien el general: la niña no podía inventarlo.

— Entonces...

— Lo que dijo la niña había sucedido. Magdalena lo declaraba en la carta y explicaba...

— ¿Usted leyó la carta?..

— Sí: me la enseñó el general el año pasado, pocos días antes de morirse... ¡Pobre general! ¡Lloraba como un niño!.. Verdad es que á mí mismo se me querían saltar las lágrimas...

La carta era ternísima, comenzaba la generala pidiendo perdón á su marido por lo desgraciada que le había hecho sin querer, afirmaba luego resueltamente su inocencia y explicaba el suceso... Leiva había venido aquella tarde á la capitania preguntando por el general, y Magdalena había mandado que entrara para que la diera noticias del motín. De pie estuvo contándole lo que pasaba, y al marcharse hizo aquella tontería, que Magdalena se limitó á rechazar con un gesto de asombro sin decirle una palabra, por creer que la niña no lo había visto y para que no se enterase, pero con el propósito de afearle severamente aquella imprudencia la primera vez que le viera solo. Dos horas después volvía el general á casa, y la niña, que había visto el ademán de Leiva, aunque su madre creía lo contrario, lo revelaba inocentemente...

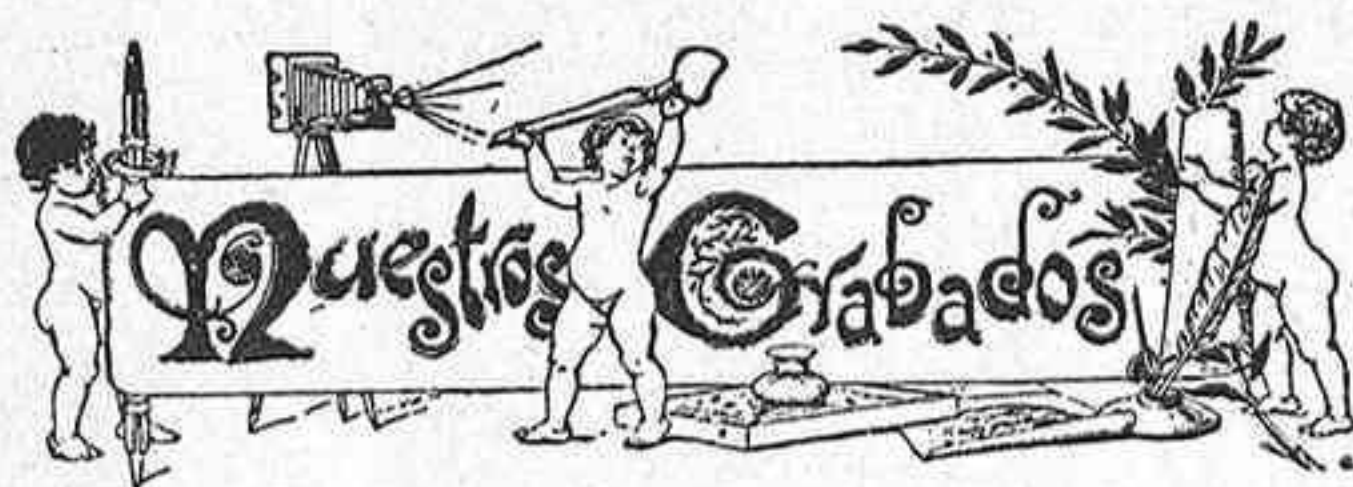
Hay que tener en cuenta, y esto no lo decía Magdalena en la carta, porque lo sabía el general, que Leiva se había criado en Miranda, donde su padre había sido juez, y con este motivo conocía á Magdalena desde niña; que durante la guerra fué cajero de un regimiento, motivo por el cual hacía frecuentes viajes á Miranda, y parando en la fonda, siguió tratando con mucha confianza á Magdalena; que ésta, después de casada procuraba ser con él aún más amable que antes para que no la creyera enorgullecida con su posición nueva. Y todas estas circunstancias, que sirven para explicar el hecho, contribuían en el ánimo del general á darle más claras apariencias de delito.

La carta concluía volviendo Magdalena á pedir á su marido que la perdonara el daño que sin querer le había hecho, y diciéndole que ella también le perdonaba de todo corazón el haberse obstinado en no oír, cuando con cuatro palabras hubiera podido deshacer aquellos visos de infidelidad, y hubieran seguido siendo felices...

El general Salinas quedó convencido por la carta de que su mujer había sido buena siempre; no pudiendo consolarse nunca de no haberlo sabido más temprano.

Es indudable que el remordimiento por no haber querido oír á su mujer le abrevió los días.

ANTONIO DE VALBUENA



El día de la ejecución de Hetty Sorrel, acuarela de J. Enrique Henshall. — Este cuadro está inspirado en una de las escenas culminantes de una novela inglesa de Jorge Elliot titulada *Adán Bede*. Hetty Sorrel ha sido condenada á muerte por infanticidio; el día antes de la ejecución, la predicadora metodista Dinah Morris visita en su calabozo á la infeliz, y en la mañana fatal llega á la prisión Adán Bede, el seductor de Hetty, y al contemplar á ésta llorando á los pies de aquella, apenas puede sostener la fijeza de su mirada. Al fin los dos amantes se dan el abrazo de despedida y Adán se retira de la cárcel cuando comienzan los preparativos para la ejecución. El notable pintor inglés Henshall, identificándose por completo con tan interesante tema, ha sabido reproducirlo, dándole toda la entonación dramática que el mismo requiere, imprimiendo en los tres personajes una expresión perfectamente sentida que da cabal idea de los sentimientos que á cada uno agitan y trazando con hermosas pinceladas el lugar en que se desenvuelve la patética escena.

La Santa Cena, cuadro del conde Rodolfo de Rex (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894).

— Llama justamente la atención en la sección bávara de nuestra Exposición de Bellas Artes el notable cuadro del conde Rodolfo de Rex, representando *La Santa Cena*. El ilustre artista alemán ha logrado dar á su obra el carácter severo á la par que grandioso que en sí tiene un asunto que entraña tan elevado concepto. Sobrio y armónico resulta el cuadro, así como las figuras muy bien dibujadas, bien dispuestas las agrupaciones y con la expresión que corresponde á cada uno de los apóstoles, que escuchan embobados las augustas palabras de Jesús, en cuyo divino semblante retrátase la dulzura y la bondad.

Bien hizo el ilustre conde en trocar los pinceles por la espada y abandonar el honroso puesto que ocupaba en el arma de caballería del ejército sajón para entregarse al cultivo del arte. Hoy, además de ocupar un puesto distinguido en la carrera diplomática, es su nombre ventajosamente conocido como artista, ya que ha logrado varias recompensas en las Exposiciones de Munich, Viena, Berlín, París y Madrid.

Extraviada, cuadro de Ignacio Díaz Olano (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894).

— El cuadro del joven pintor alavés Sr. Díaz Olano merece especialísima mención entre los que figuran en la sección española del certamen actualmente abierto en Barcelona, puesto que revela al pintor y al artista. Nuestro amigo ha creído atinadamente que no basta al pintor vencer dificultades técnicas, producir efectos y armonizar tonalidades, y ha representado un asunto interesante, escribiendo, en cierto modo, con el pincel una página de nuestra historia, una escena de las que se desarrollan á nuestro alrededor y caracterizan las costumbres, la época y la sociedad en que vivimos. Una sencilla obrera, una mujer del pueblo, sorprende y detiene en la vía pública á su hija extraviada por los atractivos del lujo y ofuscada por la vanidad, reconviéndola y aconsejándola. La actitud indecisa de ésta, la sentida expresión de la infeliz madre, la severa del padre, que figura en segundo término, y aun la picaresca del jovenzuelo vendedor de periódicos, que á su paso dirige su curiosa mirada al grupo, están bien sentidas y discretamente interpretadas.

Plácemes merece el Sr. Díaz Olano y no se los escaseemos, con mayor motivo cuando ya logró distinguirse como aventajado discípulo de la Escuela de Bellas Artes de Barcelona.

Lord Rosebery conduciendo á su potro «Ladas» vencedor en el Derby. — El triunfo del potro *Ladas*, propiedad del presidente del Consejo de Ministros de Inglaterra, en la carrera conocida con el nombre de Derby, que es en Londres lo que el *Grand Prix* en París, ha producido verdadera sensación entre los *sportmen* y aun en el mundo político del Reino Unido. *Ladas* venció á *Matchbox*, otro caballo que inspiraba gran confianza á los aficionados al deporte hípico y que adquirió luego por 375.000 francos el barón Hirsch para hacerle tomar parte en el *Grand Prix* parisense, en el que fué también vencido. Es imposible describir la escena que siguió y los aplausos que se prodigaban á lord Rosebery cuando conducía de la brida á su caballo vencedor. Las aclamaciones se repitieron muchas veces, mientras la muchedumbre rompía el cordón de policía, que á duras penas podía impedir que se echara encima del héroe de la jornada.

A propósito de este triunfo, se ha recordado que lord Rosebery en su juventud había cifrado todas sus ambiciones en tres cosas: ser rico, ser presidente del Consejo de Ministros y que un caballo suyo ganara el premio en el Derby. Sus deseos se han visto completamente colmados. ¡Qué pocos hombres podrán decir otro tanto!

María Francisco Sadi Carnot. — En los momentos en que llegaba á su mayor grado la popularidad del presidente de la República francesa, habiendo sido recibido en Lyon, ciudad que tiene fama de apática y fría, con entusiasmas y delirantes aclamaciones, una mano criminal le ha arrancado alevosamente la vida, causando este atentado un sentimiento únicamente comparable con la indignación que, no ya los franceses, sino cuantos hombres se precian de honrados, han sentido por tamaño desafuero.

M. Carnot era aún joven, puesto que no contaba 57 años. Nacido en Limoges el 11 de agosto de 1837, era hijo de Lázaro Hipólito Carnot y nieto del célebre convencional del mismo apellido, á quien sus contemporáneos distinguieron con el dictado de «organizador de la victoria» á causa de las que hizo conseguir á los ejércitos franceses de la primera república con la acertada dirección que les imprimió desde el ministerio de la Guerra.

Dedicado el joven Francisco á la carrera de ingeniero de Puentes y Caminos, dirigió poco después de su salida de la Escuela importantes obras públicas, entre otras la construcción del gran puente de Callonge sobre el Ródano cerca de la frontera italiana. Durante la guerra franco-prusiana tomó parte activa en la organización de la defensa nacional; entonces comenzó á ser conocido en política, y fué nombrado prefecto del Sena Inferior y comisario extraordinario para organizar la defensa en este departamento y en los del Eure y Calvados, ejecutando al efecto algunas obras, como las fortificaciones del puerto del Havre.

Después de la guerra, y elegido diputado por el departamento de la Côte d'Or, figuró en la izquierda republicana en varias legislaturas; en 1880 desempeñó la cartera de Obras públicas y en 1886 la de Hacienda, y cuando á fines de 1887 presentó M. Grevy la dimisión de presidente de la República, M. Carnot fué elegido para ocupar este alto puesto, después de varias votaciones, en las que empezó por obtener 29 votos en competencia con Floquet, Ferry y Freycinet y acabó por alcanzar 616.

Los diputados que lo eligieron no han tenido motivo para arrepentirse de ello, pues M. Carnot, en los siete años de su presidencia, se ha mostrado de una corrección, una seriedad y una integridad á toda prueba, y alcanzado las simpatías de la Francia y de todos los países extranjeros.

Por esto ha sido doblemente doloroso el crimen cometido en su persona. Su misma afabilidad, su mismo deseo de corresponder con sus saludos á los del pueblo de Lyon han facilitado la perpetración de aquél; pues habiendo ordenado que los coraceros que rodeaban su coche retrocedieran un tanto á fin de que el pueblo le viera mejor, el asesino, joven panadero italiano llamado Cesáreo Giovanni Santo, aprovechó la ocasión para acercarse desembarazadamente al carruaje y hundir con fuerza un puñal en el costado de M. Carnot, atravesándole el hígado y los intestinos y produciéndole una hemorragia interna que le

causó la muerte á las 12 y 45 minutos de la mañana del 25 del actual.

Al estupor de los primeros momentos siguió en los lyoneses tal indignación que el asesino lo hubiera pasado mal á no defenderle la policía, y no pudiendo desahogar en él su justo furor, destrozaron tres ó cuatro cafés cuyos dueños eran italianos y se presentaron en tumultuaria actitud ante el consulado de Italia, habiendo tenido la tropa que despejar á viva fuerza la calle en que se halla éste.

A juzgar por los vivas en que prorrumpió el criminal, este nuevo asesinato es obra de las doctrinas anarquistas, que por lo visto seguirán produciendo fanáticos y aspirantes á mártires de estas ideas, si los gobiernos, como representantes de la sociedad brutalmente vulnerada por ellos, no se deciden resueltamente á atajarlos en sus sangrientos desmanes.

Milton en casa de Galileo, cuadro de T. Lessi.

— A la muerte de su madre decidió Milton, tanto para distraerse del dolor que éste le causara cuanto para ensanchar la esfera de sus conocimientos, emprender un viaje por Italia y Grecia. Después de visitar algunas poblaciones francesas, dirigióse á Pisa y luego á Florencia, y cerca de esta última ciudad, en la aldea de Arcetri, tuvo ocasión de ver varias veces á Galileo en la especie de cárcel en donde la Inquisición lo tenía encerrado. Una de estas visitas ha servido de asunto al celebrado pintor Lessi para el cuadro que reproducimos y que ha llamado mucho la atención en el actual Salón de los Campos Eliseos de París. El sabio de Pisa, ciego, achacoso y quebrantado, mas no vencido, por las persecuciones de que la intolerancia le hiciera víctima, expone sus asombrosas teorías al poeta que había de asombrar á su vez al mundo con sus maravillosas obras: las dos figuras culminantes del cuadro están admirablemente concebidas y ejecutadas, y no les van en zaga las otras tres que completan la escena, ni los accesorios que llenan el lienzo.

Vista general de Marín y su ria, dibujo de Passos (tomado de una fotografía).

— Entre las poblaciones más pintorescas de la costa Noroeste de nuestra península cuéntase la de Marín, en la provincia de Pontevedra, en cuyo fondeadero hallan seguro abrigo toda clase de embarcaciones y cuya playa ofrece mil atractivos á los que huyendo del bullicio de las grandes ciudades buscan descanso para el cuerpo y el espíritu en la estación calurosa. La vista que, tomada de una fotografía, publicamos es la mejor prueba de lo que decimos: al contemplar aquellos grupos de blancas casitas, aquel mar tranquilo que arrulla y acaricia la villa y aquellos montes que formando anfiteatro la protegen, el ánimo se ensancha y la imaginación en alas del deseo se recrea pensando en los goces con que allí brinda la naturaleza á todos los que son capaces de sentir y apreciar sus bellezas incomparables.



Bellas Artes. — BERLÍN. — El comité encargado del monumento que ha de erigirse á Bismarck en la capital de Alemania, para cuya ejecución dispónese de la importante suma de 1.562.500 pesetas, convoca á todos los escultores alemanes á un concurso, que se cerrará en 1.º de junio de 1895 y en el cual se distribuirán 30 premios cuyo importe total será de 100.000 pesetas.

— En el Museo de Industrias Artísticas se ha expuesto la colección de obras de arte que un particular ha regalado para los museos reales: consiste en una porción de cuadros, en su mayoría retratos del siglo pasado, dibujos, bronce antiguos, muebles, mayólicas, vidrios y otros objetos artísticos adquiridos en su mayor parte en Italia, que serán distribuídos entre los museos de Berlín y de las provincias.

MUNICH. — El cuadro *La guerra*, de Francisco Stuck, que figuraba en la exposición de los secesionistas muniquenses, ha sido adquirido para la Nueva Pinacoteca por 31.250 pesetas.

BRESLAU. — Al Museo de Breslau le han sido regalados el cuadro de C. Marr, *La primera comunión*, y el retrato del escritor Pietsch, pintado por Voigtlander; además ha adquirido una figura de mármol de Volkman, que representa un joven Baco y una estatuita de bronce de un atleta, de Stuck.

MILÁN. — El célebre pintor Arnaldo Ferraguti ha inventado un fijativo para las pinturas al pastel, que está llamado á tener gran resonancia porque se trata de un invento de mucha utilidad y que hasta ahora había sido calificado de imposible ó cuando menos de muy poco probable. Por esta razón la noticia que damos hallará sin duda muchos incrédulos, pero toda duda se desvanecerá diciendo que la casa de Lefranc, de París, que es la más importante del mundo en materia de fabricación de colores y barnices, ha hecho experimentos con el fijativo Ferraguti, y habiéndose convencido de la certeza é importancia del mismo ha adquirido la patente mediante escritura firmada hace pocos días en la capital de Francia.

DRESDE. — Durante su reciente estancia en Dresde, el emperador de Alemania ha encargado al célebre pintor de historia Prell varios cuadros que han de adornar el gran salón de ceremonias del palacio Caffarelli de Roma, residencia de la embajada alemana en la capital de Italia, destinando la suma de 100.000 pesetas para la restauración de dicha sala.

Necrología. — Han fallecido:

El príncipe Halim-Bajá, visir y mukir egipcio, el único hijo que quedaba del gran Mehemed Ali, fundador de la dinastía egipcia.

Antonia Alboni, famosa cantante italiana.

Hermán Ernecké, notable retratista alemán.

Juan, barón de Nicotera, hombre de Estado y político italiano, ministro del Interior en 1876 con Depretis y en 1891 con Rudini y fundador de la liga de los pentarquistas.

Carlos Harry Pearson, célebre historiador inglés, autor entre otras obras de la *Vida y carácter nacionales*, que produjo gran sensación en Inglaterra.

Carlos Tchaggeny, reputado pintor belga.

Guillermo Duright Whitney, ilustre filólogo americano, profesor de filología comparada en el colegio Yale, de Newhaven.



Y al oír su voz, volviendo en sí por completo, oprimióse la frente entre ambas manos

¡VENCIDO!

NOVELA POR JUAN DE LA BRETTE. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Y quiso alejarse; pero Saverme, dejándose llevar de un acceso de apasionada desesperación, y sin cuidarse del resentimiento de Susana, ni tampoco de herir su orgullo, cogióle las manos y añadió con calor:

— Trátame usted como quiera, dígame que procedo como un miserable; mas al menos permítaseme expresar, como quiero hacerlo, el amor que la profeso á usted. La primera vez que la vi la amé, y desde aquel momento siempre la tuve en el corazón. ¡Si us-

ted supiera lo que es!.. Yo la miro como la belleza que seduce á la vista, como la mujer que es alegría y honra del hogar doméstico; usted es, en fin..., la mujer que yo adoro.

Después de haber tratado inútilmente de interrumpirle y de huir, Susana consiguió desasirse, pálida de resentimiento y poseída de una emoción que, desgraciadamente para su tranquilidad, debía analizar más tarde.

— ¿Con quién cree usted que trata?, exclamó al fin. Le prohibo, entiéndalo bien, le prohibo volver á poner los pies aquí.

Saverme, avergonzado de su impulso, fijaba no obstante en la joven su mirada atrevida, llena de admiración.

— Pido á usted mil perdones, dijo; soy un loco..., pero me marchó..., esté usted tranquila. Yo sabía muy bien que al verla sería capaz de todas las necesidades;

pero es usted tan... ¡Ah, diantre, qué desgraciado soy! Y alejándose á largos pasos, estuvo á punto de hacer rodar por tierra al Sr. Jeuffroy, que entraba en los setos.

— ¡Hola, exclamó, usted aquí!

— Sí, contestó Saverne, he venido para llevarme á Susana á pesar de usted, ignorando que estuviese prometida.

— ¿Y por qué habla usted tan alto? No soy sordo, repuso el Sr. Jeuffroy, ofendido y dejándose llevar de la agitación de Saverne. ¡Llevarse á mi hija, y á pesar mío!. ¿Por quién nos toma usted?

— ¡A ella, por una mujer adorable, gritó Saverne, sacudiendo la mano de su interlocutor de una manera que le hizo gritar, y á usted por un imbécil sin corazón!

Dicho esto, Saverne desapareció, mientras que el Sr. Jeuffroy, aturdido aún, se decía:

«¡Vaya una manera de explicarse!»

Después buscó con los ojos á su hija; pero Susana había huído para refugiarse en su cuarto, cuya puerta cerró dando dos vueltas á la llave.

El Sr. Jeuffroy se dirigió á la casa murmurando, y en el vestíbulo encontró á la solterona.

— ¿Has visto á Susana?, preguntó.

— Aún no. ¿Qué hay? ¿Está enferma?

— No, pero se hallaba en el jardín hablando con Saverne, cuya llegada al país ignoraba yo, y que parecía un loco. No sé qué habrá pasado entre ellos; procura enterarte.

Todos los sentimientos de Susana estaban dominados por una sensación de terror y desconsuelo, porque una luz demasiado repentina había disipado la obscuridad en que se ocultaban los repliegues de su alma. Ahora veía con dolorosa consternación el compromiso contraído bajo la influencia de un sentimiento romántico, y además echábase en cara como una falta grave, ella que era tan altiva, tan recta y entera en sus juicios, el no experimentar cólera alguna contra Saverne. Este había procedido de una manera ofensiva para su rectitud, hiriendo su delicadeza; mas á pesar de esto, la señorita Jeuffroy debía confesarse que su cólera se mezclaba con una alegría desconocida, y que si hubiese estado libre habría dado al joven su vida en el primer impulso.

«¿Con qué derecho, decía, me atrevería yo á censurar las inconsecuencias de los demás? ¡Tiene razón! Yo no debo juzgarle severamente cuando veo por mí misma hasta qué punto es fácil dar un paso en falso.»

Y andaba con agitación repitiéndose:

«¡Me ama, y no soy libre!»

Un golpe en la puerta la hizo temblar; mas al reconocer la voz de la solterona abrió al punto.

— ¡Lloras..., hija mía!, exclamó Constanza. ¿Qué tienes? Tú acabas de ver al Sr. Saverne... ¿Qué te ha dicho?

— Había vuelto para pedir mi mano, contestó Susana, esforzándose, aunque en vano, para hablar tranquilamente.

— ¿Y tú sientes no tenerle por esposo?.. Pues entonces vas á romper con el Sr. Preymont, exclamó Constanza, que en su aversión al matrimonio convenido hubiera dado ambas manos porque su sobrina se casase con Saverne.

— ¡Romper!.., repitió Susana con voz ininteligible.

Y por un instante, esta palabra hizo latir su corazón de alegría.

— ¡Sí, romper!, repitió la solterona con expresión resuelta. ¿Quieres que vaya ahora mismo á ver á la señora de Preymont? Tu primo se consolará, casándose después con otra, y yo tendré el gusto de verte contraer un matrimonio que, sin agradarme del todo, tendrá al menos...

Al llegar aquí le interrumpió una exclamación indignada de Susana, á quien las palabras de la solterona habían hecho volver á la realidad.

— ¿Pero no reflexiona usted, querida tía? ¿Y mi palabra y la fe jurada?

— ¡Ta, ta, ta! La fe jurada! ¡No es mala frase, hija mía, y sobre todo cuando se trata de tu porvenir. Déjame hacer á mí, y verás cómo arreglo yo las cosas. No habrá dificultad con el Sr. Preymont; más trabajo tendremos con tu padre; pero en fin, todo se andará.

Susana, que recobraba ya su sangre fría, escuchaba á la solterona con indignación.

— ¿Por qué me da usted semejante consejo?, exclamó. ¡Eso sería cometer una acción cobarde y desleal! ¡Abandonar á Marcos, habiendo sido yo misma quien!.. ¡En fin, eso sería deshonoroso á mis ojos!.. Yo estaba conmovida, es verdad, demasiado conmovida por la escena que el Sr. Saverne ha promovido; mas á esto se redujo todo.

— Sin embargo, tú llorabas, hija mía, dijo la solterona algo confusa.

— Me ha sorprendido usted en el momento en que

experimentaba impresiones vivas, pero pasajeras, contestó la señorita Jeuffroy. Siempre es penoso ser causa de un pesar, y he visto cuán grande era el del Sr. Saverne. En cuanto á Marcos, le he dado mi palabra, y ni un instante tuve el pensamiento de romper con él...

Entretanto, Saverne había corrido á casa de la señora de Preymont, quien comprendió al punto por su aire trastornado que sus temores no carecían de fundamento y que el joven había visto á Susana.

— ¿Por qué no me han avisado ustedes?, exclamó.

— Ya se le escribió á usted, contestó la señora de Preymont, y Marcos se proponía enviarle otra carta en el caso de no encontrarle en París.

— De haberla recibido, no habría vuelto, y sobre todo...

— ¿Sobre todo qué?, preguntó la señora de Preymont con inquietud.

— ¡No hubiera hablado!, contestó Saverne, paseando por la sala con marcada agitación. ¡Qué suerte tiene ese Marcos!.. ¡Es tan seductora Susana! Cuando pienso que hace un año esperaba este momento como aquel que...

Y dejándose caer en una silla, Saverne ocultó la cabeza entre sus brazos, y lloró como un niño.

Conmovida la señora de Preymont, acercóse á él y apoyó la mano sobre su hombro.

— ¡Vamos, Saverne!, dijo.

— ¡Nada, se ha concluído!, exclamó el joven levantándose vivamente. Ahora no me queda más remedio que marcharme.

La señora de Preymont, demasiado absorta en sus propias inquietudes para fijarse mucho tiempo en el pesar de Saverne, repuso con tono vacilante:

— Dice usted que ha hablado..., pero Susana no...

La habrá molestado usted, perturbándola bien inútilmente.

— ¡Perturbándola!.. No lo sé, contestó Saverne. Lo que sí puedo asegurar es que se ha encolerizado, despidiéndome de su presencia, y que jamás la he amado tanto...

— Y que jamás ha obrado usted tan mal, interrumpió la señora de Preymont. ¡La prometida de su amigo Marcos!

— ¡Oh! Eso sí, es verdad, repuso Saverne, he procedido como un torpe; pero si ahora dijera á usted que me arrepiento de ello, mentiría. Sin embargo, creo urgente mi marcha.

— Sí que es urgente, y en absoluto, repuso la señora de Preymont con tono grave. Hasta en el caso de que usted vacilara, exigiría que usted se fuese, por consideración á mí y en nombre de una amistad que no puede borrarse del todo por una rivalidad semejante.

— ¡Oh! No le deseo ningún mal á Marcos, contestó Saverne. ¡Ha ganado la partida; tanto mejor para él!

Aquella misma noche se dirigió á París, sin decir nada que pudiese confirmar ó desvanecer las dudas de la señora de Preymont.

X

Tres días después, Preymont, impaciente por regresar á Anjou, salió de París en un tren de la noche, y á primera hora del día siguiente apeábase en Saumur, donde se proponía arreglar algunos asuntos. Después, seducido por lo delicioso de la mañana, tomó á pie el camino que conducía al castillo.

Andaba alegremente, ligero el corazón, y con los mejores ánimos, saboreando las fuertes impresiones que el poderoso y penetrante encanto de la naturaleza comunicaba á su pensamiento libre.

La campiña, muy nebulosa á lo lejos, parecía velada en sus planos más próximos por un vapor tan ligero como el tul de seda que algún genio maravilloso tejiese. En las hierbas, en los matorrales, en todas partes veíanse tendidas varias telarañas, y sobre su finísima trama reposaban brillantes gotas de rocío; mientras que algunos hilos de la virgen movíanse lentamente por el aire, tan tranquilo, que los álamos junto á los cuales pasaba Preymont no murmuraban siquiera su acostumbrado himno.

Marcos siguió una senda por la orilla del agua, pasando entre sauces robustos y huecos, de cuya vieja corteza brotaban aún varios retoños vivaces. Algunas grandes flores de malva, con esos tonos suaves y pálidos propios del fin de la estación, parecían sonreír por última vez á la luz antes de deshojarse; y al hallar los frescos musgos, llenos de tantas vidas imperceptibles, el Sr. Preymont se decía:

«Ya no me contristáis, vosotros que vivís libres y felices en vuestra inconsciencia. Antiguos amigos, testigos discretos á quienes el hombre ha confiado tan á menudo sus sueños y tristezas... muy pronto vendré con ella á deciros que tomo parte con vosotros en el gran banquete divino.»

Al llegar á su casa preguntó á un criado si la señora de Preymont había salido.

— No, señor; la encontrará usted en el salón, adonde he llevado la correspondencia hace media hora.

Marcos dió la vuelta á la casa y detúvose para admirar algunas asterias que habían florecido durante su ausencia.

«Hoy, se dijo, le enviaré un ramito de esas pequeñas estrellas, que tanto le agradan.»

Unas puertas ventanas del salón, abiertas de par en par, daban salida á la escalinata, cuyas rampas hallábanse cubiertas de capuchinas trepadoras, y por allí penetraba en la habitación la brisa del otoño, muy cálida aún. Algunas moscas zumbaban como en la primavera, y todo tenía el aspecto seductor de la belleza risueña y de la vida feliz.

«¿Por qué ella no entra hoy en su nueva morada?, pensó Marcos. Hasta los objetos inanimados la recibirían como á una reina.»

Marcos subió tranquilamente por la escalinata, y con profunda sorpresa vió á su madre que lloraba, con el rostro oculto entre las manos.

— ¡Susana!, exclamó. ¿Ha ocurrido algún accidente?..

Marcos entró presuroso, y al verle su madre manifestó un terror que acabó de alarmar al hijo. La señora de Preymont hizo instintivamente un rápido movimiento para ocultar varias cartas que, habiéndose deslizado de sus rodillas hasta la alfombra, llamaron la atención de Marcos al entrar; mas antes de que pudiese impedirlo, su hijo se inclinó maquinalmente y recogiólas.

— ¡No leas, es para mí!, exclamó.

Mas ya era tarde, porque Preymont, habiendo reconocido la escritura de Susana, apartó con dulzura á su madre.

— Permítame usted, dijo, yo debo saber cuanto á ella se refiere.

Lo primero que vió fué una carta de la superiora, que escribía á la señora de Preymont.

«Señora, decía la religiosa, largo tiempo he vacilado antes de escribir á usted, á pesar de que seguía paso á paso la marcha de los sentimientos de una niña, cuya felicidad me es demasiado cara para que yo vacile más. En un principio pensé en explicar á usted yo misma la situación, para no causarle el sentimiento de leer las cartas de mi pobre Susana; pero después he pensado que no creería fácilmente en mi previsión, y ahora tengo el valor, que usted creará sin duda muy cruel, de enviarle todas las confidencias de la señorita Jeuffroy. En su cándida inexperiencia, dejándose llevar de un impulso generoso, se engañó respecto á sí misma; y dejó á juicio de usted, señora, resolver si un rompimiento no sería menos doloroso para su señor hijo que la desgracia de unirse con una mujer que no le ama y que, mucho lo temo, ha concedido inconscientemente toda su simpatía á otro. La ternura de usted sabrá, por lo menos, amortiguar el golpe que las circunstancias no me permiten, por desgracia, dulcificar para usted.»

La última carta de Susana, escrita sin orden y apresuradamente, era la explosión de su alma atribulada.

«Señora y amiga, decía, desde esta mañana es tal mi trastorno y desconsuelo, que no sé si podré decir á usted todo cuanto pienso y siento. El Sr. Saverne, de quien hablé á usted el año último, sin ocultarle mis impresiones, ha venido á verme; y si yo ignoraba completamente su llegada, más ignoraba aún el motivo de ésta. ¡Me ama, y me lo ha dicho! ¿Cómo expresar á usted lo que experimenté?.. El desconsuelo predominaba sobre mis demás sentimientos, y una súbita luz había disipado la obscuridad en que yo me agitaba algún tiempo hace. Esas palabras de amor, esas palabras encantadoras... deleitábanme á pesar mío pronunciadas por él, mientras que me contristan y me espantan cuando otro las dice. Cuando hago comparaciones, ¿por qué me parece casi ridículo escuchar de boca de Marcos palabras de apasionada ternura?.. Su inteligencia es notable, y su corazón tan bueno, que el mío se angustia cuando pienso que siempre, á lo que creo, dudaré de la sinceridad de mi propio afecto. ¿Qué hacer? ¿Qué sucederá? Por nada en el mundo quisiera engañarle, y al mismo tiempo no tengo derecho ni deseo para desvanecer la dicha que prometí. Mi única esperanza es el haberme engañado una vez más sobre mis nuevos sentimientos, pues cuando se efectuaron los esponsales yo no era la misma. ¡Y he aquí en qué estado me hallo, señora, yo que creía tan fácil obrar siempre en la vida según la regla inflexible de mi rectitud! Dígame usted una palabra que me tranquilice sobre mí misma. Mi imaginación de joven me ha extraviado tantas veces... y tantas son las que me engañé, que me entrego en sus manos. Nadie puede aquí comprenderme ni dirigirme; y sin embargo, no crea usted que pienso ni remotamente en retractarme de

un compromiso que considero definitivo: mi palabra está dada, y bien dada. ¡Ay de mí, cuántas contradicciones! Dígame usted que la turbación presente no es nada; diga usted, yo se lo ruego, que es imposible que cobre aversión á un hombre que me ama tan apasionadamente. Esto será imposible..., ¿no es verdad? Si él no fuese aún más que mi amigo, ¡qué pronto se desvanecería esa especie de antipatía que preveo desde hace tiempo con espanto! Distinga usted lo verdadero de lo falso, señora, y tienda su mano á la niña á quien siempre profesó tan cariñoso afecto.

— Susana. »
En el salón reinaba un silencio lúgubre; una avisa le interrumpió un instante con su agudo zumbido, y escapó después de un vuelo caprichoso, que los ojos de Marcos siguieron maquinalmente.

La señora de Preymont, aterrada, tenía la vista clavada en su hijo. Gruesas gotas de sudor se deslizaban por las mejillas de Marcos, y su mano temblorosa había dejado escapar la última carta. Parecía anonadado, y era tal el trastorno de su corazón, que ni siquiera pudo proferir un grito. Su madre le habló; mas como no oyese al parecer, acercóse á él y abrazóle murmurando:

— ¡Marcos, pronuncia una sola palabra; yo te lo suplico!

Esta caricia desvaneció su impasibilidad, y contestó con voz débil:

— ¿Quién habla, qué dicen?... ¡Que me ama tal vez!..

Y al oír su voz, volviendo en sí por completo, oprimióse la frente entre ambas manos, y exclamó:

— ¡Oh! ¡Cómo aborrezco la vida!..

El mismo profundo silencio que antes siguió á este grito, que en un dolor supremo era el resumen de todos los dolores ocultos de una existencia.

La señora de Preymont, sin fuerza para hablar, con la angustia pintada en el rostro, era el sufrimiento personificado; y por primera vez acaso rebelábase contra sus principios y su robusta fe se alteraba; pero esto fué como un ligero surco en aguas profundas y tranquilas, y ante su impotencia, una fervorosa oración se escapó secretamente de su alma en favor del hijo herido.

¿Adivinaba él un pensamiento que á pesar suyo había avivado con frecuencia su irritación? El caso es que de repente dejó desbordar toda la hiel de su amargura.

— ¡Oh, qué espantosa fatalidad de la vida!, exclamó. ¿Dónde está la bondad que rige las leyes? ¡Cuando niños, nos dicen que Dios es bueno, y lo cremos..., pero lo cremos porque somos felices! ¡Amarga irrisión de las palabras y de las cosas!

Marcos había vuelto á encontrar de improviso toda la amargura de su adolescencia y de su juventud, conservada en estado latente en un alma que se había mantenido en orden por el trabajo y la energía, por lo menos exteriormente. Las frases violentas se agolpaban rápidamente á sus labios; jamás había revelado tan abiertamente los sentimientos secretos que á menudo le ahogaban, y sentía una especie de amargo alivio al romper en sus transportes los diques levantados por su voluntad.

La señora de Preymont, comprendiendo que aquella violencia era un bien, no trataba de contener las palabras de amargura de su hijo; pero abismada en su dolor, lloraba tanto sobre el pasado, cuyas miserias entrevistaba sondeaba, cuanto sobre la desdicha que arrebatada brutalmente tantas esperanzas.

Cediendo á un nuevo impulso, Marcos se acercó á ella y díjole, tomando su mano:

— ¡Pobre madre..., perdóname; soy muy desgraciado!

Pronunció estas frases con voz dolorida y muy baja, humillado por su confesión, ó temiendo no poder dominarse: así fué, y los sollozos desgarraron su pecho. Con ademán cariñoso su madre le retuvo junto á sí como en otro tiempo, cuando en su infancia, en aquella época en que la experiencia y la energía no le habían enseñado aún á dominar su primer impulso, iba á contar, llorando de angustia y de cólera, las humillaciones que acababa de sufrir.

Pero aquel momento de abandono fué breve, y no tardó Marcos en recobrar una especie de sangre fría para recoger la carta de Susana y decir con voz temblorosa:

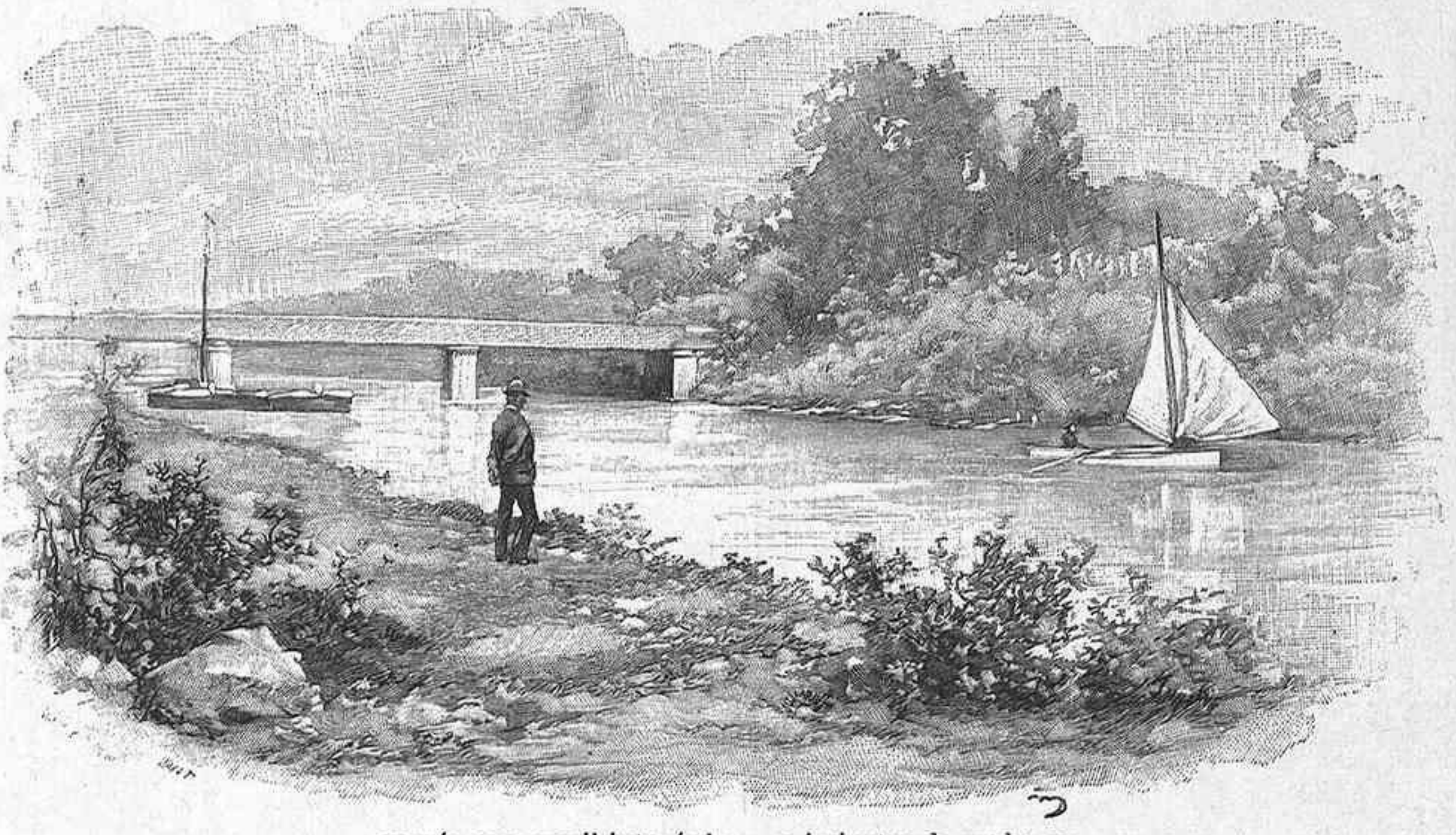
— ¡Seguramente está á punto de mirarme con horror!.. Si no ha escrito la palabra, la ha pensado... ¡De qué serviría entregarse completamente! El hombre más misero conoce la dulzura de ser amado... Yo no inspiro siquiera compasión, sino aversión.

— Dame esa carta, dijo la señora de Preymont tratando de cogerla de manos de su hijo.

— ¿Cree usted, contestó Marcos arrebatadamente, que no estará siempre grabada en mi memoria? Déjemela usted..., tal vez la necesite.

Así diciendo fué á sentarse en el fondo del salón, y durante algunas horas no despegó los labios; de vez en cuando levantábase para andar febrilmente, y después, volviendo á dejarse caer en su silla, miraba vagamente el espacio. Inquieta por su mutismo, su madre quiso hacerle hablar; pero agitó la mano con impaciencia y no contestó.

Sus cejas contraídas y la alteración de sus facciones revelaban la lucha á que se entregaba en su interior; y la señora de Preymont, que había recobrado suficiente dominio sobre sí para ver qué marcha debería seguirse, esperaba con ansia que su hijo abordase aquella cuestión abrasadora.



...seguía con pueril interés los movimientos de un barco

— ¡Voy á verla!, exclamó al fin Marcos con voz breve.

— Yo soy quien debe dar ese paso, contestó vivamente y con inquietud la señora de Preymont; yo soy quien debe decirle que es libre.

Pero se había engañado sobre los sentimientos que agitaban á su hijo; pues al oír la palabra libre, Marcos exclamó con acento de cólera:

— ¡Libre! ¿De qué libertad habla usted? ¡Es mía! Ella misma lo ha dicho; no retirará la palabra dada y yo no se la devolveré jamás, jamás.

— La pasión te extravía, contestó con dulzura la señora de Preymont, aunque también con la firmeza que demostraba siempre ante un deber necesario. Debes devolverle su palabra.

— ¡Y dar Susana á Saverne!, exclamó Marcos con violencia. ¡Cómo, madre mía, usted que lo ha hecho todo para que mi amor vaya en aumento; usted que estimuló mis esperanzas; usted, en fin, que sabe que esa pasión es mi vida, viene á decirme ahora que es preciso renunciar á la felicidad por un capricho de la imaginación!.. Sí, porque eso no es sino un capricho propio del espíritu de una joven algo romántica. Las nebulosidades que obscurecen su mente y su corazón se disiparán al primer paso que dé en la vida real...

Pero la voz de Marcos era vacilante, pues hablaba contra una secreta convicción, la cual le repetía que, por una parte y otra, el error había consistido en la extraña creencia de que podía ser amado, y leía en el rostro de su madre que los mismos pensamientos la agitaban. La señora de Preymont, en efecto, decía que su amor á Marcos había falseado su juicio, en su afán de buscar en las excepciones un estímulo á sus deseos.

La madre apoyó su mano sobre el brazo del hijo, y díjole:

— Te ruego, Marcos, que me dejes obrar... Será mejor para ti y para ella.

— ¡Ella!.., replicó Preymont, golpeando el suelo con su pie. ¡Qué importa ella! Bueno es que participe del dolor de un hombre á quien su capricho reduce á la desesperación.

— Por lo menos espera hasta mañana...; tú no puedes dominarte.

— ¡Me irrita esperar!, contestó Marcos con voz breve.

Y saliendo bruscamente, dirigióse como un loco hacia la quinta del Sr. Jeuffroy; pero en vez de entrar en ella desde luego, encaminóse á la orilla del río, comprendiendo la necesidad de recobrar una calma relativa.

¿Dónde estaba aquel momento feliz en que con dulce voz le había prometido Susana su fe? ¿Dónde estaba el hombre embriagado de amor á quien había conocido un instante? Rechazado violentamente, las semanas dichas no eran ya para él más que un es-

pejismo. Alegría, paz, felicidad, todo había concluído, y se le arrojaba brutalmente al país solitario de donde pudo huir. ¿Por qué había creído? ¿Por qué no cedió á la razón que le hacía entrever la verdad? Las preguntas y los pensamientos se agitaban en él sin que le fuera dado fijarse en un punto principal, y sus esfuerzos tendían á buscar la manera de abordar á Susana. Preparaba frases, pero desistía de ellas al punto, para dejarse dominar por una especie de letargo que no podía sacudir. En medio del vacío de su pensamiento, notó que estaba pensando de pronto en hechos insignificantes, ó que seguía con pueril interés los movimientos de un barco que se movía

lentamente porque la brisa no era bastante fuerte para hinchar sus velas.

Pero de pronto subió corriendo á la quinta, y en la puerta del parque encontró al Sr. Jeuffroy, que le miró fijamente, exclamando:

— ¡Qué cara tan singular, Preymont! ¿Está usted enfermo?

— No es nada... ¿Dónde está Susana? Necesito verla y hablarle á solas.

— Al salir la he visto sentada junto á la ventana del salón... Pero ¿qué le ocurre, querido? Tiene usted el aire de... Mas ahora caigo, añadió con expresión inquieta; había usted ido á París para ciertos asuntos... ¿Estará usted acaso arruinado?

— ¡Peor que eso!, contestó Preymont, pasando rápidamente por delante de él para precipitarse en los jardines.

«¡Peor que eso!, repitió el Sr. Jeuffroy. ¡Esto sí que es bueno!.. ¿Por qué tendrá tanto empeño en hablar á solas con mi hija? ¡Diantre, será alguna cuestión de amor! Su aspecto y sus palabras lo prueban.»

Las breves frases cruzadas con el Sr. Jeuffroy habían aliviado á Preymont, rompiendo el encanto que paralizaba su pensamiento y le tenía alejado en cierto modo del momento presente.

Con la carta de Susana en la mano entró tranquilo en el salón donde la joven estaba sentada, con expresión de abatimiento. Despertada la atención de Marcos, pudo ver hasta qué punto Susana había enflaquecido desde el día de los esponsales, observando además en su rostro los indicios de un extremado desfallecimiento moral; pero esta observación y la tristeza de Susana no hicieron más que exasperarle. Adelantóse hacia ella, miróla un instante, y sin pronunciar una sola palabra depositó bruscamente la carta en su mano.

Susana se levantó poco á poco, mirando á su primo con expresión desesperada.

— ¡Cómo!.., balbuceó.

— Enviada á mi madre, contestó Marcos lacónicamente.

Susana creyó un momento que iba á desmayarse; todos los objetos daban vueltas á su alrededor, y para no caer se apoyó pesadamente en el respaldo de una silla.

— ¡Qué espantoso abuso de confianza!, murmuró con aire consternado.

— ¡Abuso de confianza!, repitió Marcos con tono acerbo. ¿Cómo puede usted creerlo así? Esa mujer no quiere que usted sea desgraciada, casándose con el hombre á quien prometió tanto afecto, y esto es lógico.

La expresión de Marcos espantó á Susana, que repuesta de su aturdimiento, pero sin atreverse á contestar, esperó con indecible angustia lo que iba á decir.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA UTILIZACIÓN DEL BASTÓN

Completando la serie de bastones útiles que publicamos en el número 648 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, damos hoy cinco aplicaciones más, que re-



UTILIZACIÓN DEL BASTÓN. — 1. Bastón para coger mariposas. — 2. Bastón para medir la altura de los caballos. — 3. Bastón paraguas. — 4. Bastón flauta. — 5. Bastón pipa.

produce nuestro grabado. La primera es el bastón para coger mariposas, inventado por M. Martin y construido por M. Deyrolle: compónese de un palo hueco y de un aparato que sostiene la red; cerrada ésta, el aparato se introduce en el bastón.

Otra es el bastón para medir la altura de los caballos, cuyo mecanismo se comprende desde luego viendo el grabado.

La tercera es el bastón paraguas, distinto del que describimos en nuestro anterior artículo, cuyo constructor ha atendido más á la solidez que á la elegancia: para ello sólo la montura del paraguas se introduce en el bastón y la seda se dobla y se puede llevar fácilmente en el bolsillo. La montura es muy ingeniosa: cada varilla está sostenida por dos arbotantes formados por muelles que van á parar de dos en dos á las piezas articuladas en el cubo inferior. Cuando el paraguas está abierto, esos muelles forman una estrella de siete radios muy rígida; cuando se empuja el cubo inferior hacia el superior, los muelles se doblan hacia atrás y la montura queda de la misma dimensión que el bastón en el cual se introduce y que tiene dos pasadores que se corren oprimiendo un resorte, uno para el cubo superior y otro para el inferior. La tela se fija por medio de unos pequeños cilindros de metal terminados en bolita y que se ajustan al extremo de las varillas: de este modo la tela puede cambiarse cuando se estropea. El paraguas se monta fácilmente, pero se necesita para ello medio minuto por lo menos.

Hay, además, el bastón flauta y el bastón pipa, cuyos mecanismos se comprenden claramente por su reproducción en nuestro grabado. — X.

**

TRANVÍA MOVIDO POR EL GAS, SISTEMA LUHRIG

Entre los varios sistemas de motores para los tranvías está indudablemente llamado á un gran porvenir el que utiliza como fuerza motriz el gas del alumbrado. El ingeniero Luhrig, de Dresde, construyó hace unos años un vagón movido por este sistema que funciona en Stuttgart desde 1892 y que han adoptado desde entonces varias poblaciones: es el que reproducen nuestros grabados y que someramente vamos á describir.

Cada vagón lleva el gas necesario para impulsar los motores en unos recipientes B (fig. 2) á una presión de 6 atmósferas, formando un volumen de 1'25 á 2'50 metros cúbicos. La disposición es, pues, la misma que en los coches movidos por el aire comprimido, pero con la ventaja de que en igualdad de

volumen el gas produce quince veces mayor energía que el aire. Los recipientes se llenan en una estación de compresión, bien directamente, bien por medio de tubos.

El vagón es impulsado por dos motores gemelos Deutz, MM, situados debajo de los asientos, y para economizar espacio los cilindros CC están uno enfrente de otro. Las dos ruedas impulsoras SS están

ruedas dentadas. Desde este eje el movimiento se transmite por dos cadenas sin fin K, sistema Gall, á los ejes de las ruedas RR. El impulso del eje impulsor se obtiene por medio de un enganche á rozamiento que el conductor puede interpolar ó quitar á voluntad merced á una rueda de mano: los manubrios están de tal manera enlazados con este mecanismo, que paran ó ponen en movimiento el coche según que se interpole ó quite el enganche.

De modo que el conductor maneja una palanca-pedal para regular la velocidad de los motores, dos palancas de mano para gobernar los pies de cabra y la rueda de mano para el enganche á rozamiento y los manubrios. Con ayuda de estos mecanismos puede el conductor disponer todas las maniobras necesarias.

Los coches se diferencian muy poco exteriormente de los coches comunes de los tranvías; únicamente son un poco más pesados: la maquinaria, así interior como exteriormente, va cubierta por planchas de hojalata, de modo que no se ve.

El vehículo vacío pesa siete toneladas, y en unas pruebas verificadas en Dresde pudo remontar fácilmente, aunque con pequeña velocidad, una pendiente de 1:23. En las pendientes de 1:15, que rara vez ofrecen las calles de las ciudades, la velocidad es de 1'36 metros por segundo, ó sea unos 5 kilómetros por hora. La velocidad normal en trechos llanos es de 10 á 13 kilómetros por hora. Para los trechos largos de pendiente superior á 1:20 la casa Luhrig ha construido un coche especial más pequeño con un motor de 10 caballos de fuerza, capaz para 22 personas y de cuatro toneladas y media de peso, que salva pendientes de 1:15 á una velocidad de 1'50 metros por segundo, es decir, la mitad de la normal. El coche grande necesita por término medio 0'60 metros cúbicos de gas por kilómetro; el pequeño 0'50. Respecto de los gastos de instalación y exportación pueden aceptarse los siguientes datos.

Un tranvía movido por gas, de ocho kilómetros de longitud y de una sola vía, con circulación cada cinco minutos y una velocidad de 10 kilómetros por hora, necesita dos estaciones de compresión y 20 coches motores. Los gastos de instalación general comprenden, pues, el terreno para las estaciones, la cochera, las reservas de piezas de máquinas, etc., y pueden calcularse en 750.000 pesetas. La instalación de un tranvía eléctrico con corriente subterránea en las mismas condiciones cuesta unas 950.000, y la de un tranvía con fuerza animal 700.000. De modo que los gastos de instalación de un tranvía de gas son mucho menores que los de un tranvía eléctrico y algo mayores que los de un tranvía movido por caballos. Los gastos de explotación son: de 35 céntimos por coche y kilómetro en el tranvía de caballos, contando dos de éstos por coche; 25 céntimos en el eléctrico, y 20 en el de gas.

A la muerte del inventor de este coche motor de

en el exterior y van cubiertas con planchas de hojalata. El gas, antes de llegar á la máquina desde los recipientes, pasa por un regulador de presión Pintsch que reduce la presión á 30 ó 40 milímetros de la columna de agua. En el techo del coche hay el depósito de agua fría que por su propia circulación vuelve al mismo después de pasar por los cilindros y se enfría, evitando así su renovación frecuente, y un aparato condensador desde donde los productos de la combustión, que tratándose de motores de gas son únicamente el ácido carbónico y el agua, y no producen por consiguiente humo ni hollín, salen al aire libre sin ruido y casi sin olor.

Mediante un regulador, movido por una palanca que gobierna el conductor del coche, puede imprimirse á los motores tres velocidades, 150 revoluciones por minuto para cuando el vagón está vacío, 200 para la marcha lenta y 240 para la marcha rápida.

Sin entrar á describir detalladamente la construcción especial del impulsor, de los enganches y del mecanismo regulador, diremos que A (figuras 1 y 2) es el árbol común de los dos motores y mueve por medio de las ruedas dentadas Z y Z' el primer eje impulsor W¹, desde el cual y mediante un pie de cabra y dos pares de ruedas dentadas de distinto engranaje se transmite el movimiento al eje lateral W², imprimiendo una velocidad mayor ó menor, según cual sea el par de ruedas que se utilice. El eje W³ que está al otro lado es el verdadero eje impulsor y se mueve hacia adelante ó hacia atrás por medio de otro pie de cabra y de otros pares de

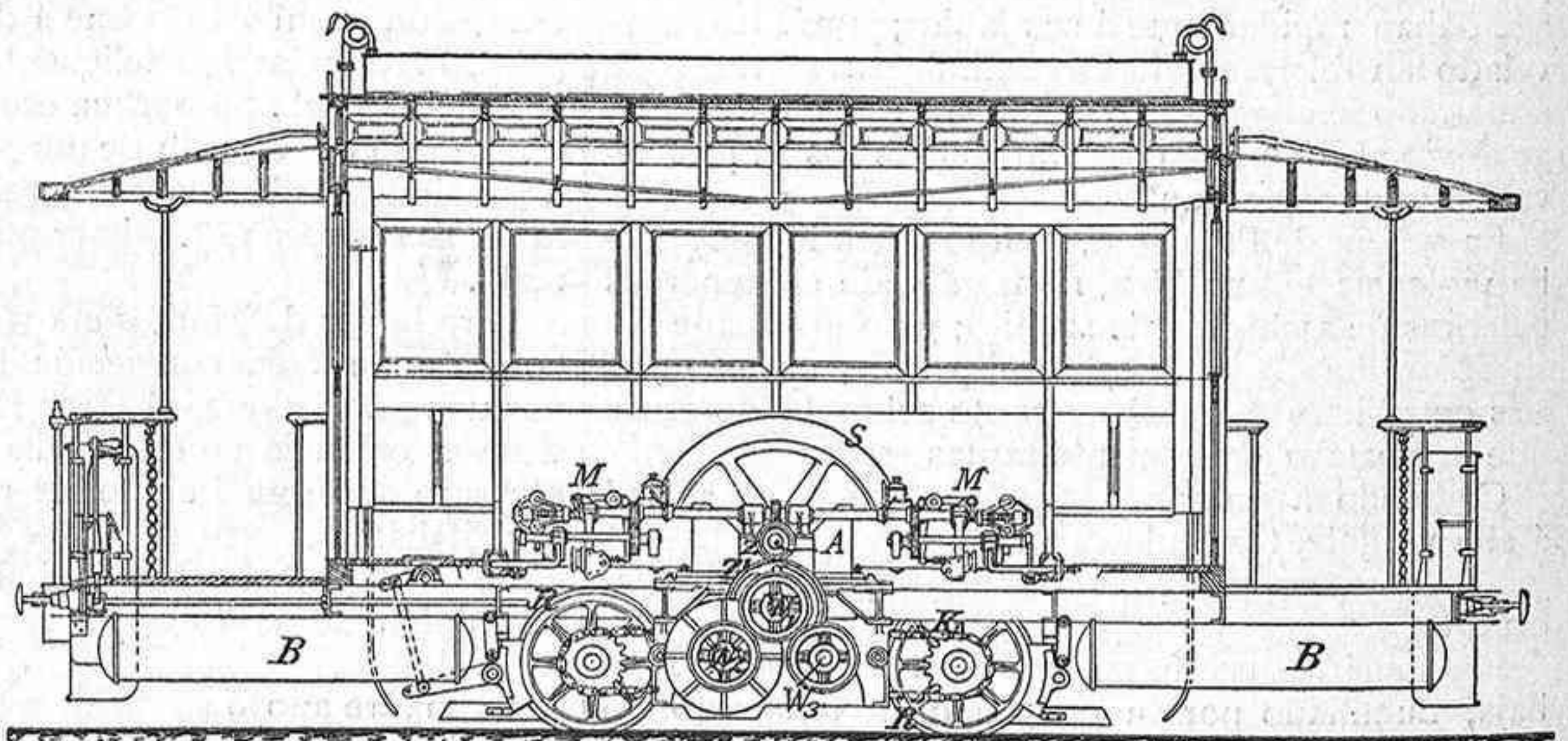


Fig. 1. — Tranvía movido por el gas, sistema Luhrig. — Sección vertical

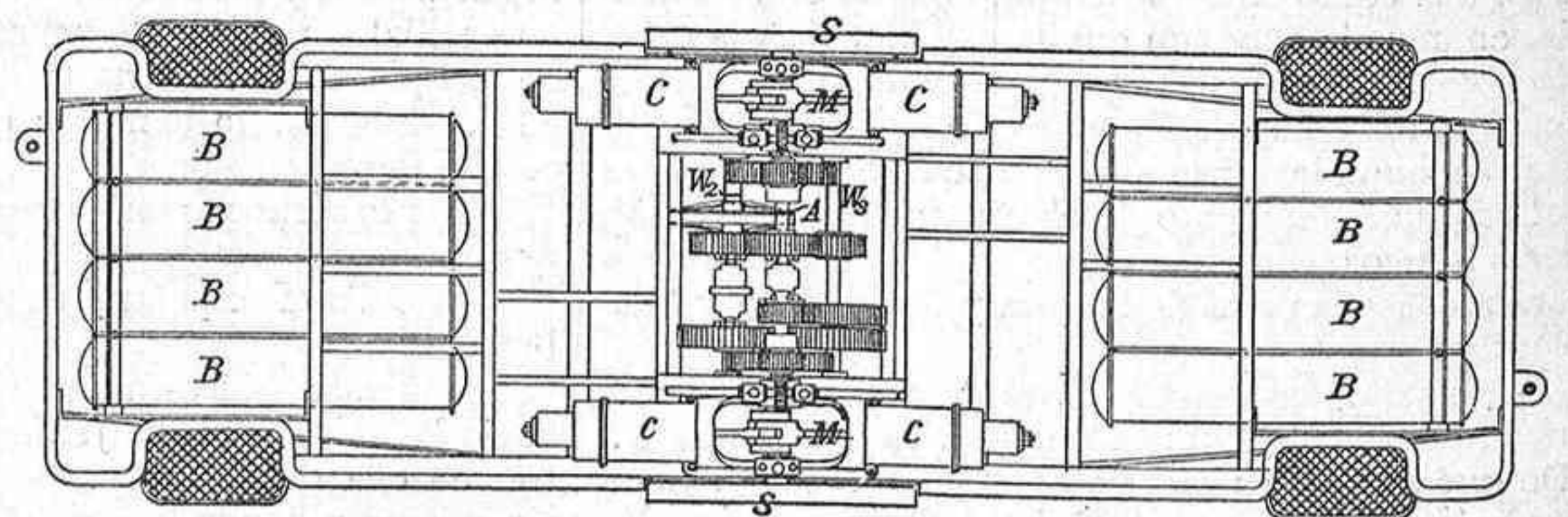


Fig. 2. — Tranvía movido por el gas, sistema Luhrig. — Sección horizontal

gas, el ingeniero Luhrig, acaecida en julio del año pasado, el invento y las patentes para todos los Estados civilizados fueron adquiridos por una sociedad anglo-alemana, la Gas Traction Company, de Lon-

dres y Dresde, que ha emprendido con gran actividad la explotación del negocio introduciendo notables mejoras en dichos vagones motores.

Un nuevo tipo de coche con asientos en el imperial, capaz para 35 personas, sólo pesa cuatro toneladas y media y sólo tiene un motor lateral debajo de los asientos, enfrente del cual hay tres recipientes para gas con un volumen total de 0'90 metros cúbicos. En vez del depósito de agua fría del techo hay unas serpentinas colocadas de modo que no se vean debajo de los asientos del imperial. Este vagón corre en los sitios llanos con una velocidad normal de 13 kilómetros por hora, consumiendo 0'50 metros cúbicos de gas por kilómetro y pudiendo salvar las pendientes de 1:30 sin disminuir la velocidad, la cual puede llegar hasta 18 kilómetros por hora. La provisión que lleva cada coche basta para un recorrido de 18 á 20 kilómetros y puede aumentarse fácilmente en caso necesario.

El primer coche motor de gas que construyó Lührig en 1892 llamó tanto la atención, que muchas ciudades en donde se proyectaba construir un tranvía se decidieron á estudiar ese nuevo sistema. La capital de Galitzia (Austria-Hungría), Lemberg, ciudad de 130.000 habitantes, que sólo tenía un tranvía de cinco kilómetros, quiso construir uno eléctrico, pues aquél no bastaba para las necesidades del tráfico.

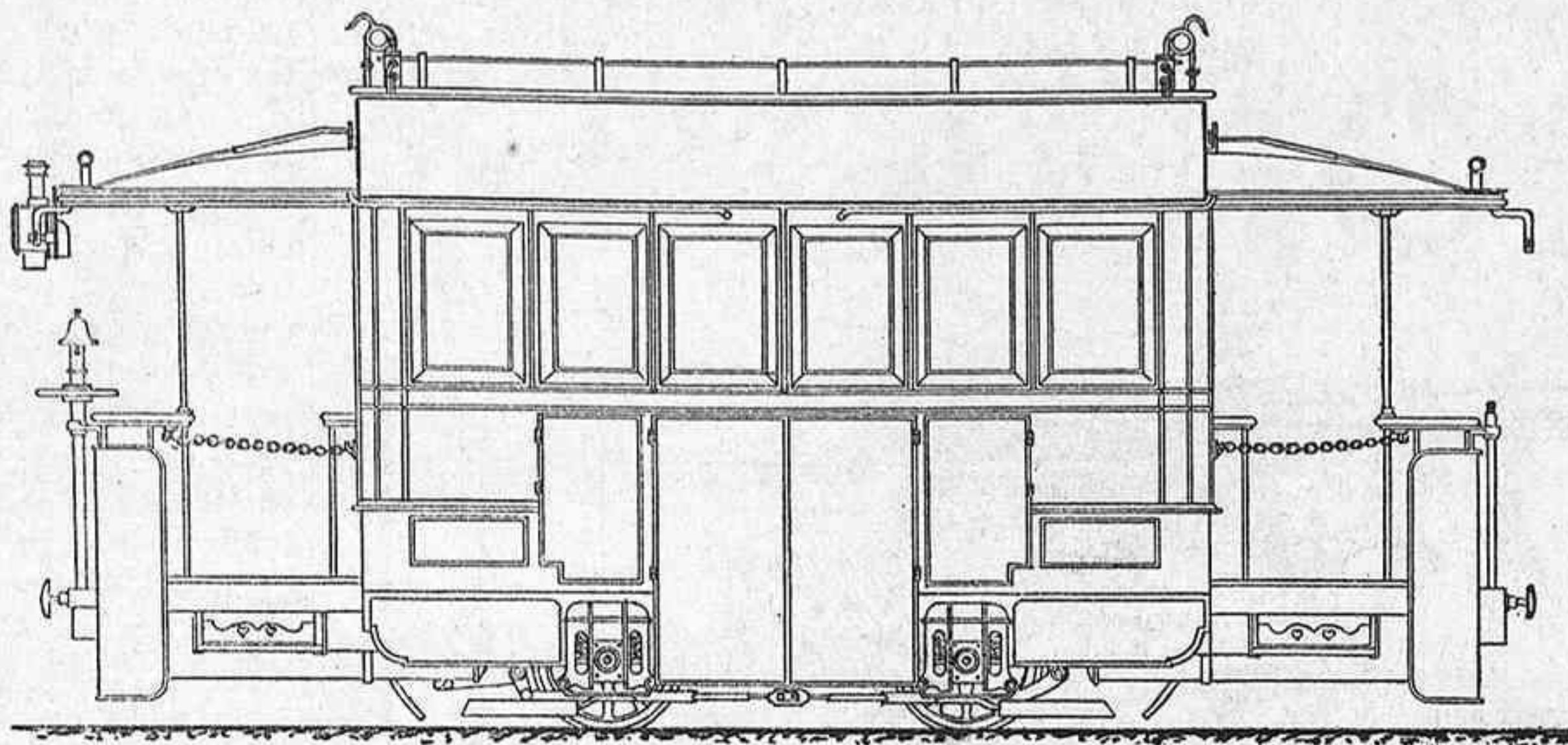


Fig. 3. - Tranvía movido por el gas, sistema Lührig. - Vista del vagón

El profesor del Politécnico de aquella ciudad, el barón de Gotkowski, que se ocupaba en estudiar ese proyecto, llegó á la conclusión de que el mejor sistema era el eléctrico con conducción de corriente subterránea; pero cuando vió funcionar en Dresde el motor Lührig, resolvió estudiarlo, y después de minucioso examen y de calcular todas las contingencias, comparando entre sí los diversos sistemas, afirmó que el tranvía por gas era un 24 por ciento más barato que el eléctrico, y sentó la afirmación de que «los tranvías eléctricos con conducción de corriente aérea pertenecían al pasado; en cambio los tranvías de gas son del porvenir.»

De sus cálculos resultaba que la instalación del

tranvía eléctrico de 8'9 kilómetros costaba 1.276.000 pesetas, y la de un tranvía de gas de la misma extensión 952.000, y que los de explotación importaban en el primero 27 céntimos por coche y kilómetro y en el segundo 20.

Otras comisiones técnicas alemanas han dado informes igualmente favorables, señalando, además, otras ventajas del motor Lührig.

También en Inglaterra ha sido muy celebrado el invento: el profesor Kennedy estudió un vagón motor Lührig que funciona en Londres, y dijo que el vehículo con 26 personas llevaba una velocidad de 8 á 13 kilómetros y remontaba pendientes de 1:30.

De todo lo expuesto se deduce que el tranvía de gas será un poderoso competidor del eléctrico. Al comparar ambos sistemas deben tenerse en cuenta los puntos de vista técnicos y económicos. Bajo el primer aspecto, el primero tiene la ventaja de llevar consigo la energía impulsora, al paso que el segundo ha de tomarla de una estación central y está por lo mismo expuesto á interrupciones. En el eléctrico, para que en un momento dado pueda aumentarse el tráfico, es preciso que la estación esté montada para ese mayor consumo de energía, lo cual resulta costoso, pues aquel aumento sólo será temporal; en cambio en el de gas basta que la estación de compresión, que se instala con poco coste, sea suficientemente grande para que por ella pueda transitar mayor número de vagones. - X.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjense para informes á los Sres. A Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21

PATE ÉPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.). Sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero.) Para los brazos, empléese el PILLIVOLE DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

QUINA ANTI-DIABÉTICA ROCHER

FRASCO: 3'50. Expedición franco de dos frascos contra 8 fr. - Depósito ROCHER, Farmacéutico, 112, Rue de Turenne, PARIS, y FARMACIAS. Envío gratis y franco de un estudio interesante indicando causas y consecuencias de la DIABETIS. En Barcelona: Vicente Ferrer

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT.

Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias. El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores Laennec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de abajoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECOHO y de los INTESTINOS.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD

En Polvos y Cigarrillos Alivia y Cura GATARRO, BRONQUITIS, OPRESION y toda afección Espasmódica de las vías respiratorias. 25 años de éxito. Med. Oro y Plata. J. FERRÉ y C^{ia}, 102, R. Richelieu, París.

JARABE de Digital de LABELONYE

contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.

El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

ERGOTINA y Grageas de ERGOTINA BONJEAN

HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.

Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris. LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Abucikir, Paris, y en todas las farmacias.

Las Personas que conocen las **PILDORAS de DEHAUT** DE PARIS no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan cio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS **PATERSON** con BISMUTHO y MAGNESIA. Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos. Exigir en el rotulo el firma de J. FAYARD. Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS.

APIOL

de los D^{os} JORET & HOMOLLE. El APIOL cura los dolores, retrasos, supresiones de las Emenas, así como las pérdidas. Pero con frecuencia es falsificado. El APIOL verdadero, unico eficaz, es el de los inventores, los D^{os} JORET & HOMOLLE. MEDALLAS Exp^{as} Univ^{ers} LONDRES 1862 - PARIS 1889. Far^{ma} BRIANT, 150, rue de Rivoli, PARIS.

CARNE y QUINA

El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.

VINO AROUD con QUINA

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE. CARNE y QUINA! con los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los intestinos. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al Vino de Quina de Aroud. Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Far^{ma}, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD. SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

EXIJASE el nombre y la firma **AROUD**

GARGANTA

VOZ y BOCA. PASTILLAS DE DETHAN. Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los S^{res} PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - PRECIO: 12 REALES. Exigir en el rotulo el firma Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS.

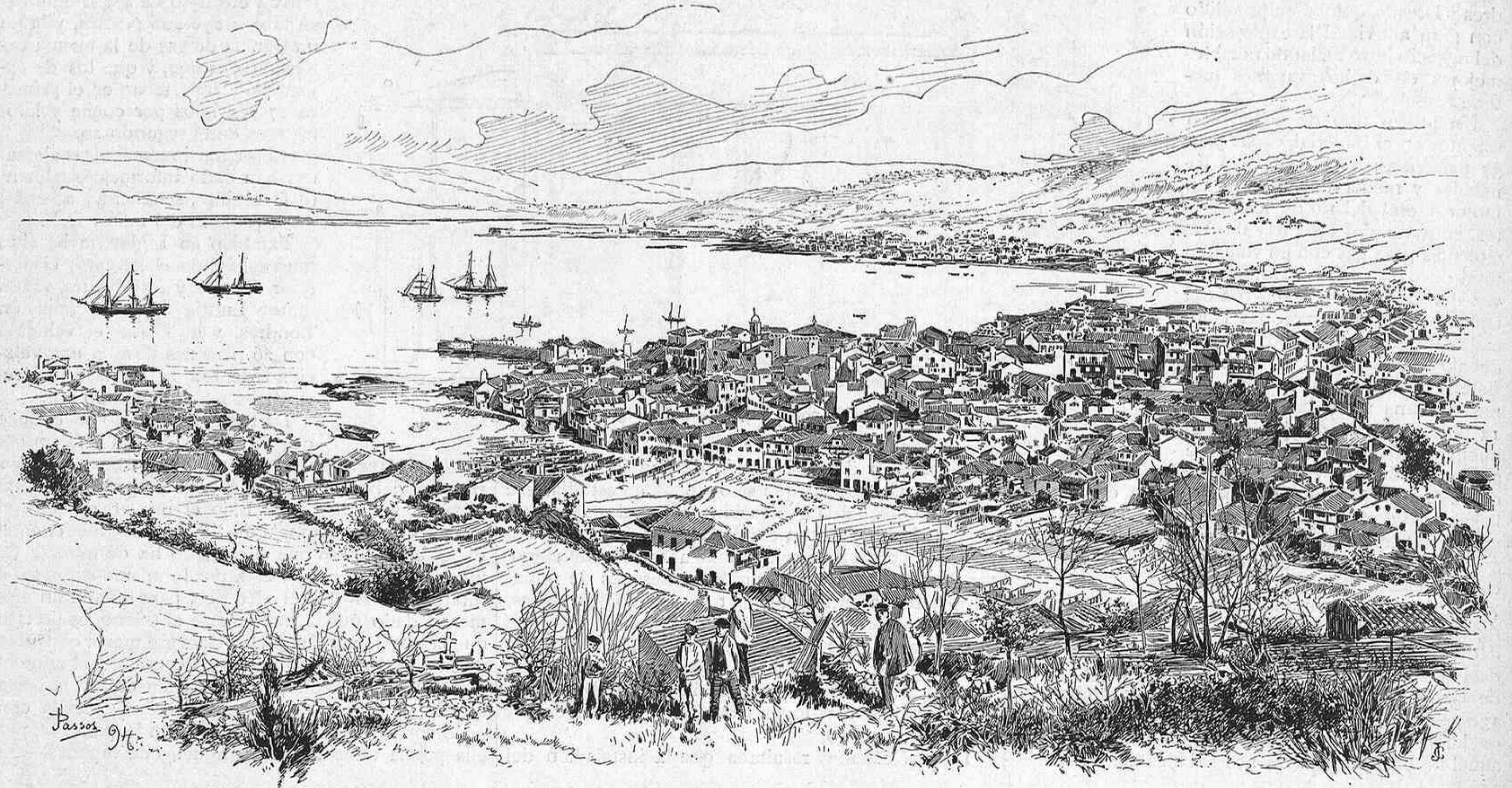
VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^r FRANCK

Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestionen, curados ó prevenidos. (Etiqueta adjunta en 4 colores) PARIS: Farmacia LEROY 91, rue des Petits-Champs. En todas las Farmacias de España.

VELOUTINE FAY

El mejor y mas célebre polvo de tocador

POLVO DE ARROZ EXTRA preparado con bismuto por **Ch. Fay**, perfumista 9, Rue de la Paix, PARIS



Vista general de Marín y su ría (Pontevedra), dibujo de Passos tomado de una fotografía

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEPÉLICA
 para ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES
 y conserva el cutis limpio y terso

GRAJEAS DEMAZIÈRE
CÁSCARA SAGRADA IODURO de HIERRO y CÁSCARA
 Dosadas à 0 gr. 125 de Polvo. Verdadero específico del
ESTREÑIMIENTO El mas **ACTIVO** de los **FERRUGINOSOS**
 HABITUAL No produce estreñimiento.
 PARIS, G. DEMAZIÈRE, 71, Aven. de Villiers. - Muestras grátis à los Médicos.
 Depósito en todas las principales Farmacias.

Enfermedades de la Vegiga
 Arenilla, Mal de piedra, Incontinencia,
 Retención, Cólicos nefríticos, curados por las
PÍLDORAS Benzoicas ROCHER
 Fl. 5 francos. **ROCHER**, farmacéutico, 112, r. Turenne, Paris.
 Léase con atención el folleto ilustrado que se remite contra envío de 1 Peseta.
 En Barcelona: Vicente Ferrer

Pildoras y Jarabe de BLANCARD
 Solucion **BLANCARD**
Comprimidos de Exalgina
 Con Ioduro de Hierro Inalterable.
ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
RAQUITISMOS
ESCRÓFULOS
TUMORES BLANCOS, etc., etc.
JAQUEGAS, COREA, REUMATISMOS
DOLORES DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.
 El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento.
CONTRA EL DOLOR
 Exijase la Firma y el Sello de Garantia. - Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

CARNE, HIERRO y QUINA
 El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociacion de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y descolorida: el Vigor, la Coloracion y la **Energia vital.**
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRE, Farmacéutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Espediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

DUGOUR constructor, 81, Faub. St. Denis, Paris, vende al por menor á igual precio que al por mayor. Velocipedos de camino, 145 fr. Soberbios neumáticos, 295 fr. Catálogo gratis

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.; 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 31, Rue de Selne.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D^r CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de
 PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1876 1878
 SE REEMPLA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.